ERINA ALCALÁ



Cómplices

CÓMPLICES
(Erina Alcalá)

Soy tan solo una mujer
que amé una vez a un hombre.

CAPÍTULO I

Martina Pérez tenía cuarenta años. Los había cumplido sola, con cierta tristeza melancólica en un piso pequeño de Cádiz, a veinte minutos de la playa. Donde vivía.

Había sido triste cumplir los cuarenta en soledad. Era la primera vez que celebraba, o mejor no celebraba su cumpleaños con gente a su alrededor, pues, aunque tenía una tía, esta había viajado con su marido ese fin de semana a un viaje a Londres que tenía programado con su marido Alex. Era su tía Marta, hermana de su madre y Alex, su marido. No habían tenido hijos. Pero la había cuidado desde que sus padres murieron.

Y luego al terminar la carrera y encontrar trabajo, Martina se independizó.

Su piso, ahora, era pequeño y alquilado, de dos dormitorios, sencillo y limpio. Había tenido suerte de encontrarlo. Una compañera de la residencia de mayores dónde trabajaba, Pepa, auxiliar, se lo ofreció cuando Martina se divorció un año atrás. Era de su madre. Pepa había vivido en él hasta que se casó y se compró uno más grande y moderno con su marido.

Su madre no quería alquilarlo a cualquiera, le daba miedo que se lo dejaran hecho polvo y cuando Pepa, se lo comentó a su madre, sí que accedió a alquilárselo a Martina, ya que era compañera de trabajo de su hija, la conocía y conocía su historia a través de Pepa, su hija.

Se lo dejó barato, pintado y limpio. Los muebles eran sencillos y estaban bien. Sólo los había usado cuatro años Pepa.

Y allí vivía Martina, en una buena zona, una calle de trabajadores, cerca del centro y de la playa.

Cuando se divorció de Fran, se divorció de toda su familia al completo. Hasta de su propia hija.

Fran y ella se conocieron en el instituto, pero a los dieciocho años, ella se quedó embarazada. Vivía con su tía y la historia se repetía. Su madre se quedó embarazada joven y cuando conoció a su actual marido, la dejó con su hermana y su abuela y rehízo su vida con otro hombre en Madrid. Posteriormente tuvieron un accidente y murieron, quedándose sola Martina con su tía Marta.

Tuvo la suerte de poder graduarse en Terapia Ocupacional, mientras su hija Rocío crecía. Murió su abuela y su tía se casó y ella se fue a vivir a casa de los padres de Fran.

Eran algo tiquismiquis y ella sentía que no la miraban bien ni les caía bien. No así a su hija. Nunca estuvo cómoda con ellos. Y antes de casarse, Ya con la niña que tuvieron Fran y ella, los padres de Fran le regalaron un piso para ellos. Nunca estuvo a su nombre, era sólo propiedad de Fran, sí el dinero que ganaban ambos cuando empezaron a trabajar. Él era abogado y su vida de cuento de Hadas con Fran se acabó al mes de conocerse para ella.

Trabajaba en dos residencias, Una de mañana casi con horario completo y unas horas por la tarde en otra residencia de día, de tres a seis y en la residencia más grande por la mañana de nueve a una. Tenía el tiempo justo de comer e irse a trabajar a la de día.

Sin embargo, Fran, dejaba a la niña en el cole y se iba. La abuela la recogía y ella iba a casa de los padres de Fran al acabar, para recoger a la niña, porque Fran a veces venía de noche, incluso algunas noches dormía fuera. le agradecía a la abuela que la cuidara. No querían que su nieta fuese a una guardería cuando podían haberla metido.

Ella debió ver las luces rojas, pero todo su mundo era Fran, su trabajo y su niña.

Hasta su tía Marta le dijo que lo dejara, que ese hombre no le gustaba, que tenía dos caras. Pero Martina estaba ciega de amor por Fran. Había sido su primer amor, su primer hombre y jamás pensó que él le fuese infiel, se creía sus mentiras. Y en su cabeza no existía la palabra divorcio. Se había casado, no por la Iglesia, nunca quiso

Fran, por su familia, ahora lo sabía, pero sí se había casado para toda la vida. O eso, pensaba.

-Me quitará a la niña, tía. Y lo quiero.

-¡Ay, hija!, ¡qué mala suerte has tenido con ese hombre!

Y su tía tuvo razón. Ahora había perdido parte de su vida, toda su vida, aunque era joven aún.

Su hija tenía ya veintiuno años, estudiaba derecho, era como su padre, y con él se quedó cuando él le dijo que se fuera de casa que la casa era suya y su hija mayor de edad, que estaba enamorado de otra mujer, mucho más joven, claro y que estaba embarazada.

Y tuvo que irse, eso sí con la mitad del dinero en común que tenían. Pero como el dinero lo controlaba él, le descontó la mitad de dos años de universidad y máster que su hija haría. Así que allí estaba ahora, sola. Su hija apenas la llamaba y cuando ella lo hacía no contestaba. Había perdido todo. Lo único que le dolía era su hija, su hija y el tiempo dedicado en falso, por lo demás se sintió liberada.

Solo tenía cincuenta mil euros, sabía que era poco, que él había quitado dinero poco a poco de la cuenta, peor eso ya no importaba. Con un sueldo de mil quinientos euros, que

estaba muy bien para ella sola tenía suficiente. Y no trabajaba los fines de semana.

Y su coche, que gracias que se lo compró un año antes del divorcio. Era pequeño, pero lo necesitaba y estaba nuevo. Seguro a él le dio pena y le hizo ese regalo. Ya se quedó con bastante.

No le importó que su hija no la llamara en absoluto. Le dolió, pero ese día, era sábado y se tomó unas tapas fuera y luego un café con un dulce. Apuntaba la primavera y el sol de Cádiz era maravilloso.

Se dio un paseo por la playa, se compró un libro y se fue a casa.

Se tumbó en el sofá y se quedó dormida.

Se despertó a las siete y se fue al cuarto, abrió su armario y se deprimió.

Ya había pasado un año del divorcio. Estaba sola, y tomó la mejor decisión de su vida.

Se fue al centro comercial y se compró la ropa que quiso y renovó su armario viejo. Y cosméticos y toda pintura que le dio la gana.

El siguiente sábado se aclaró el pelo con unas mechas, se hizo pies, uñas, láser completo…

Y salió como una mujer nueva, renovada, en dos semanas.

Cuando llegó a casa se miró al espejo.

Había rejuvenecido al menos cinco o seis años.

Las cosas iban a cambiar. No podía victimizarse eternamente. Aunque fuese la víctima.

Iba ser la nueva Martina.

Se apuntó a un gym cerca de casa a las siete. De siete a ocho. Y se hizo una rutina diaria.

Cambió el gym por la mañana a las siete. Lo tenía cerca de casa, de siete a ocho de la mañana, se duchaba, desayunaba y cogía su bolso grande de trabajo y el de mano y se llevaba comida. Que comía en la residencia de día, o antes de entrar.

Así cuando salía a las seis, se daba una ducha y descansaba. Media hora. Se daba un paseo por la playa. Luego escuchaba música y leía, miraba su Facebook y a las nueve o así cenaba. Se acostaba y entraba un rato al chat. Si a veces no encontraba una conversación inteligente, veía alguna peli que fuese interesante en la tele o escuchaba una radio pequeña, le encantaban un par de programas.

El sábado limpiaba y hacía la compra temprano, colada y salía a pasear el domingo y sábado o a alguna exposición, a la playa. Era feliz y había recuperado una vida. Una vida que no tuvo nunca.

Tenía sus normas en el chat. Nada de casados, ni con pareja ni muy jóvenes ni de muy lejos, ni incultos. Lo sentía. Pero era lo que ella quería. Y encontró de todo. Sobre todo, le pedían sexo. Era lo normal.

Estaba preparada para tenerlo, ya que antes de divorciarse estuvo casi tres años sin sexo con Fran. Él se mudó a otro dormitorio. Decía que no la iba a dejar dormir.

La excusa más tonta y vana jamás escuchada. Y repasó mentalmente su vida y se dio cuenta de lo tonta que había sido. Que su tía había tenido razón y que debió dejarlo mucho antes. Había perdido años de su vida. Pero no quería pensar…

Fuera todos.

Fuera todo.

Iba siendo feliz. Tenía trabajo fijo y una vida nueva, llena, que le gustaba.

Martina era una mujer preciosa, de grandes ojos verde oliva, grandes pestañas, pechos generosos, el pelo largo y moreno, ahora con mechas y un flequillo que la hacía más joven. Medía un metro sesenta. Y gustaba a los hombres, aunque ella nunca fue consciente.

Con algunos chicos del chat quedó a tomar café o una cerveza. Siempre en el centro, cerca de su piso y ninguno era lo que ella quería. Si no le gustaba por una cosa, era por otra.

Hasta que una tarde conoció a Javier…

Javier Delgado, había sido un chico de gente adinerada, algo pijo, hijo único. Vestía muy bien, le gustaban los coches y las mujeres, la buena vida y vivió feliz.

Era un hombre que cualquier mujer miraba a su paso, de andares rectos y seguros. Un metro ochenta y seis, ojos marrones claros, nariz recta y pelo castaño, y barbita de unos días. Iba al gym y estaba muy bien. Un tío bueno a sus treinta y cinco años.

Era policía secreta, su padre había sido policía y su abuelo y él, por ende, también.

Su familia siempre había tenido una casa cerca de la playa y siempre fue un chico feliz. Se enamoró de María en la Universidad. Ella estudiaba medicina y fueron inseparables. Terminó Javier antes la carrera y entró en la policía. A los dos años, María se había especializado en estomatología y al año siguiente entró a trabajar en el hospital Universitario de Cádiz. Y también pertenecía a la gente adinerada de Cádiz, como Javier.

María era una chica guapa y alta y en cuanto encontraron trabajo, se casaron. Ya tenían casi treinta años y siete saliendo. Fue un acontecimiento la boda, aunque esta, no se hizo por la iglesia. Igual que la de Martina.

Y compraron un chalecito cerca de la playa. Sus padres se los compraron.

Pero casarse fue lo peor que hicieron, porque ambos eran independientes y se veían algunos días a la semana, tenían sexo, se querían, pero eso era una cosa y otra vivir juntos. Ese fue un fallo que cometieron, no vivir juntos, antes de casarse, ahorrando para coches, casa, viajes…

Para ellos la vida en convivencia no fue lo que esperaban ninguno de los dos, y a los tres años eran más amigos que pareja. Perdieron la química que tenían y empezaron a dormir en habitaciones separadas, porque Javier a veces tenía turnos de noche y ella también tenía turnos de tarde o mañana y apenas coincidían. María, se enamoró de un médico del hospital y se quedó embarazada.

Cuando lo supo, habló con Javier y ahí terminaron. Todo fue de mutuo acuerdo y quedaron como amigos, vendieron el chalé y repartieron el dinero y la mitad del chalet. Y cada uno se quedó con su coche. Y la familia puso el grito en el cielo hasta que se enteraron de que María estaba embarazada de un médico del hospital.

Y se fue a vivir con el padre del que iba a ser su hijo.

Para Javier fue una liberación. Se eliminaron las discusiones, sentirse culpable y volver a vivir libre. Era joven. Y se compró una casita cerca de la playa, más pequeña que el chalé, en una urbanización cerrada. Le quedaban dos años de hipoteca con lo que dio y amueblo la casita.

La urbanización era preciosa y la casita pequeña, con piscina y pista de pádel. Tenía tres dormitorios, uno lo dejó de despacho y dos baños. Uno de ellos en su dormitorio que era el más grande. El otro entre los otros dos con ducha.

Pagaba más de comunidad y una señora a la semana para limpiarle la casa, plancha, algunas comidas y la compra. Llevarle al tinte algunos trajes, etc.

Ya llevaba ocho meses divorciado, y se sentía feliz y libre y supo que María había tenido una niña. La llamó y la felicitó. Y nada más.

La historia con María acabó ahí para siempre. Nunca más supieron uno de la vida del otro y a sus padres les dijo que nunca le hablaran de ella, que habían acabado bien, pero hasta ahí, que no le guardaba rencor y había sido de mutuo acuerdo, pero acribillarlo cada vez que iba a ver a sus padres, como que no. Y estos entendieron que su hijo era más feliz sin ella y nunca más se la nombraron cuando iba a verlos.

Y así pareciera que las vidas de Javier y la de Martina, eran muy parecidas, al menos sus ex, los habían dejado por embarazos de otras personas.

CAPÍTULO II

Esa tarde iban a hacer una redada. Coches, casas de narcotraficantes, de tráfico de personas…

Llevaban preparando la redada dos años.

Javier estaba aparcado con su coche negro en el arcén de la carretera cerca de unas de las bocacalles donde estaba la residencia de día en la que trabajaba Martina. Y Martina, acababa de salir del trabajo e iba a recoger su coche que lo tenía aparcado cerca.

Javier estaba sentado en el coche cuando la vio. Miró la matrícula de su coche, era uno de ellos, no lo comprobó dos veces y un número fallaba. Pero él en toda su altura, ni corto ni perezoso se lanzó a ella cuando estaba abriendo la puerta y ella al ver movimiento raro detrás, se dio la vuelta y cayeron al suelo, dándose Martina en la cabeza con la puerta y él encima de ella con la pistola y las esposas en la mano. A un centímetro de su boca.

-¡Está detenida! -se levantó y la cogió de una mano para levantarla, con demasiada fuerza. Ella se quejó y se puso las manos a la cabeza. Del golpe, no tenía sangre afortunadamente.

-¿Pero está loco?

-Sí, estoy muy loco, dese la vuelta.

-¿Para qué?- dijo ella asustada.

-Manuela Ferran López, queda detenida por tráfico de personas, armas y drogas, lavado de dinero y más que le explicaré en la comisaría. Lo que tenga que decir, puede decirlo ahora.

-Pero si me llamo Martina Pérez y trabajo en la residencia de día de aquí al lado, de terapeuta ocupacional.

-¿Ah sí?

-Coja mi bolso y verá, no he hecho nada.

-Todos dicen eso.

-¡Ay!, que no me apriete. Que está equivocado.

Y él miró su carné. Era cierto. Se llamaba Martina Pérez.

-¿Lo ve?

-¿Es su coche?

-Sí.

-La matrícula coincide- dijo Javier.

-¿Que matrícula?

Y cuando miró la matrícula, la desató inmediatamente.

-Perdona. Ha habido una confusión.

-¿Perdone?, se va a enterar- sabiendo que no podía ni iba a hacer nada salvo irse a casa con nervios.

En esos momentos lo llamaron por móvil.

Y ella solo oyó a Javier.

-Lo siento, tengo que irme, la he confundido.

-¿Eso es todo?- y se quedó con la palabra en la boca y las manos en las caderas, viendo como corría a un coche negro, se montaba en él y se iba a toda velocidad.

Y salió despedido con su coche y puso la sirena…

-¿Pero qué ¡Maldito tipo! ¡Ay mi cabeza!, y se notó un chichón saliendo.

-Se montó en el coche y se fue a casa.

Se metió en la ducha y se vio dos rozaduras en las rodillas, que empezaron a dolerle y no se había dado cuenta siquiera. Se las limpió con alcohol y se echó un poco en el chichón.

¡Vaya día que llevaba!, el tal maldito Javier ese… Se ve qué era policía, pero iba vestido sin uniforme y estarían haciendo alguna redada, se había equivocado con ella y ni siquiera le había pedido disculpas.

Estaba bueno, eso sí y olía mejor que bien. Menudo cuerpazo tenía el tío, encima del suyo. Pero le había costado que le dolieran las muñecas, las rodillas y un chichón y para colmo la vergüenza de que la gente la viera así. Si ella nunca había hecho nada malo jamás en la vida.

-Bueno, menos mal que no la llevó a la comisaría.

Dos días después del encuentro con el poli, el chichón se le había bajado, las rodillas ya las tenía más secas y casi había olvidado el incidente.

Estaba haciendo la cena y comida para el día siguiente cuando llamaron a la puerta. Nadie llamaba, como no fuese su tía… Pero a esas horas…

Se asomó a la mirilla y lo vio.

¡Dios! Y ella en mallas, camiseta y una coleta, sin pintar y ese tipo con un traje.

¿Y ahora qué querría?

Y abrió la puerta.

-¡Hola buenas noches!

-¡Hola! ¿quieres esposarme de nuevo?

-No estaría mal -y pasó sin que lo invitaran.

-Pase, está invitado.

-¡Qué bien huele!

Y cerró ella la puerta. Estaba segura, si era poli…

Él se fue a la cocina y miró- ¡qué insoportable y curioso y qué cara tenía!…

-Una ensalada y filetes de solomillo al wiski, con patatas pequeñas. Nada de coca- y él sonrió.

-Tengo hambre.

-Le queda poco, si quiere… Aunque me temo que ya se ha invitado- dijo Martina irónica.

-Claro. Huele de muerte.

-¡Cómo no! ¿Siempre hace lo que le da la gana? ¿Entra y come en casas ajenas y esposa a inocentes?

Y él le sonrió apoyándose en la encimera mientras ella terminaba de cocinar.

-No, fue un error, Martina.

-¿Se acuerda de mi nombre?

-Sí, la he investigado.

-¿Con qué derecho?

-Hacíamos una redada y me equivoqué. Tenía que saber quién eras y pedirte disculpas.

-Ya se lo dije, ni fumo ni bebo, cuanto más voy a traficar con nada.

-Ya lo sé, es una buena chica, trabaja en dos residencias de mayores, divorciada, una hija de veintiún años que estudia derecho, que se quedó con su padre. No me extraña, él tiene otro bebé con otra, y viven en un chalé.

-¡Cuánto sabe de mi vida!

-Pues sí. ¿Qué pasó?

-El chalé era suyo, se lo compraron sus padres, me quedé embarazada joven y los hijos son unos desagradecidos, no tenga.

-¿Se fue sin nada?

-Me echó, y metió a su amante embarazada, pero del dinero me llevé parte, y un coche nuevo casi de dos años. Y este piso es de alquiler, de la madre de una compañera.

-Lo sé.

-¿Entonces para qué pregunta?

-¿Por qué no se compra un piso más grande?

-Con dos dormitorios tengo, pago poco y además estoy cerca del centro. Y trabajo casi todo el día. ¿Y usted qué?

-No me llames de usted, soy más joven.

-Nadie lo diría con ese traje.

-Tengo treinta y cinco, menos que tú Martina, cuarenta-treinta y cinco.

-Gracias por recordarme mi edad.

-No los aparentas. Y tu edad, es buena. Las mujeres a partir de los cuarenta son muy interesantes.

-¿Tienes hijos?

-No.

-No tengas.

Y él, se rio.

-Soy joven, querré tener algún día alguno.

-¿Casado? Lo digo por cenar en mi casa.

-No, divorciado.

Y ella lo miró.

-¿Divorciado? ¿Te ha dado tiempo a casarte?

Y él se reía.

-Sí, me dio tiempo. Cinco o seis años, ya no lo recuerdo, pero sí, los trabajos y los años de novios apagaron la relación.

-¿Cuánto llevas divorciado?

-Casi un año.

-Señor…

-Y tú uno.

-Pero como si fuesen cinco.

-Cinco años sin relaciones…

-Me divorcié hace uno.

-¿No has salido con nadie?

-Pues no. Últimamente me esposaron, me hice un chichón con la puerta de mi coche y me dolían las muñecas… las rodillas también pillaron algo.

-Lo siento Martina de verdad. Confundí un número de tu matrícula. Vengo a pedirte disculpas. Ese día teníamos una gran redada. Llevábamos trabajando en ello dos años.

-¿Y hubo suerte?

-Hubo, desarticulada la banda.

-¿Droga?

-Tráfico de personas, lavado de dinero y droga, sí.

-¿En serio lo de las personas?

-En serio, pero es secreto de sumario.

-Imagino.

-Por eso he venido a disculparme. Investigué por la matrícula.

-Eres bueno. ¿Qué más sabes de mi vida?

-Que te levantas temprano y vas al gym, luego te vas a la residencia y comes y luego a la de día por la tarde unas horas.

-También escucho música, leo, miro mi Facebook y busco pareja por el chat.

-¿En serio? No lo necesitas, puedes salir.

-¿Con quién?

-¿No tienes amigas?

-Se encargó de que ya no me quedaran, y todas tienen hijos pequeños o están casadas. Pero salgo, a ver exposiciones, cenar, o comer o tomar café. Una cervecita…

-Sí.

-Te decía que salgo a tomar una cervecita. Pero toma- abrió la nevera y le dio una.

-¿Con alcohol?

-Claro.

-Bueno esto ya está.

-¿Qué haces?

-Dejar en un táper para mañana al mediodía, tengo apenas media hora para comer, si voy tarde me la llevo a la de día, que es lo que hago.

-¿Y qué tal los abuelos?

-Muy bien. Me gusta mi trabajo y se divierten. Toma- le dio el mantel.

-Me quito la chaqueta.

-Hay una percha en la entrada -y la dejó y puso el mantel en la mesa del comedor.

Ella llevó los cubiertos y demás. Y se sentaron.

-Ummm, ¡qué bueno está esto!

-Ten cuidado está caliente.

-¡Joder Martina! No tengo pensado casarme de nuevo.

-No te preocupes, yo tampoco.

-Pues eres joven.

-Lo sé, pero ya estoy escarmentada.

-¿Y pareja no has pensado tener?

-Sí, en su casa cada uno.

-¿Y cuándo lo vas a ver?

-Los fines de semana. Ocio, viajar, salir, sexo…

Y Javier empezó a toser.

Eso quiero yo.

-¿No me digas? Vamos como que tú no tienes. Toma agua.

-Tengo, claro.

-Eres un tipazo, si no tienes, es porque no quieres.

-Podría decir lo mismo de ti.

-No tengo porque no quiero. Quiero eso y que sea fiel. Que haya química y sea algo culto.

-¿Por qué no lo tienes?

-No me gusta que me digan de entrada que no quieren nada serio.

-¿Quieres algo serio?

-Sí, no me gustan los hombres que se acuestan con otras y las otras con otros y así. Soy escrupulosa, exigente y selectiva. Y no sé lo que durará. Pero quiero historias bonitas. Soy una romántica.

-Así no vas a encontrar pareja.

-Pues leo libros. Pero no voy a bajar mis estándares.

-Ten un amante.

-Tengo a los casados prohibidos, quiero los fines de semana, y ellos no los tienen y además están casados, a los de lejos de más de media hora de fuera de Cádiz, los que tienen pareja, niños pequeños, no quiero cuidar a hijos de otros, ni gente que lleve mochilas, llevo la mía propia y estoy reconstruida.

-¿Y qué más eliminas?

-Payasos, morbosos y gilipollas varios.

-¿Y buscas?

-Un hombre alfa.

Y Javier empezó a reírse.

-No entiendo que te rías.

-Martina, somos mediocres.

-Bueno, habrá alguno que no lo sea y quiera lo que yo.

-Eres demasiado positiva.

-Sí. Mientras puedo mantener buenas conversaciones o tomar un café. Nada más. ¿Tú qué?

-¿Yo qué de qué?

-Pues qué quieres tú.

-Nada serio, soy mediocre.

-Nada serio es una follaamiga.

-No, tampoco eso.

-¿Entonces qué es?

-Tengo amigas.

-¿Y tienes sexo con ellas?

-Pues sí.

-¿Cuántas?

-Tres.

-Mira, tienes para elegir, no tienes una follaamiga, tienes tres. ¿Las vas llamando a voleo?

-Mujer son amigas. No son cualquier mujer que conozca y me acueste con ella.

-¿Casadas?

-Pues sí, casadas. Así no hay problemas.

-¿Te proteges?

-Por supuesto.

-¿Y cómo sabes que no tienen ellas más amigos, aparte de sus maridos y estos, tienen amigas…

-Confío.

-Un policía no debe confiar nunca.

-Gracias por recordármelo.

-¿Quieres postre?

-¿Qué tienes?

-Yogures, arroz con leche, y fruta.

-Arroz con leche. Esto estaba bueno.

-Gracias.

-¿Quieres salir el sábado?, no trabajo.

-¿Me invitas a salir? ¿Te han fallado las tres?

-No mujer. No tiene nada que ver. Es una compensación por la equivocación, así puedes elegir donde ir acompañada.

-Quiero ir a cenar, tapas y a bailar.

-¿A bailar?

-Sí hace un siglo que no voy, y sola no me apetece, tengo que aprovechar la ocasión.

-¡Está bien! Iremos a tomar unas tapas y a bailar, pero te advierto que abren a las doce la discoteca.

-No importa, ¿trabajas el domingo?

-No, no trabajo este fin de semana, ya llevaba muchos seguidos. Te recojo a las diez.

-Me parece bien.

-Bueno, -se levantó, de la mesa.

-¿Quieres café?

-No, Gracias Martina, la comida estaba buenísima.

-De nada.

-¿Te ayudo a recoger?

-No te preocupes, ya lo hago yo.

-Vale, tengo que hacer aún algunos informes. Me das tu número de móvil.

-¿No lo tienes?

-No, no lo tengo.

Y le pasó el móvil.

Y él le metió el suyo con el wasap y metió el de Martina.

-Toma.

-¿No me lo habrás pinchado?

-No mujer -dijo riéndose - bueno, ¿estoy perdonado?

-Si pagas el sábado…

-Una mujer que sabe- y ella sonrió- pensaba pagar en compensación.

-Gracias.

-Que descanses Martina.

-Y tú.

-Te llamo antes o te mando un wasap.

-Buenas noches, Javier. Y él se agachó y la besó en la cara.

Y se puso la chaqueta y se fue.

¡Vaya noche! ¡Qué bueno y qué guapo era, jolín!

Y había dejado su olor en su casa.

No era su tipo, tener tres amigas… por mucho que se protegiera.

Pero debía olvidarse. Era más joven.

Y recogió la mesa, y se tumbó en el sofá un rato. Miró su móvil y entro un rato al chat, ya antes miró su Facebook y escuchó música y leyó un rato. Así que entró al chat, pero en vista de que no encontró a nadie interesante, se salió y vio una película. También su cuenta en el móvil.

Había conseguido ahorrar. Tenía casi sesenta mil euros. ¿Y si de compraba un piso de nueva construcción? Podía ir el sábado, mirar y luego arreglarse las uñas. Podía poner casi la mitad comprarse muebles y dejar al menos 10.000 euros. No había tan baratos. Mejor se quedaba como estaba que pagaba poco de alquiler y compraría más adelante cuando bajaran en el mercado y así ahorraría en otros dos años o tres algo más.

Sí, ahora estaban caros. Esperaría a que el mercado bajara los precios de nuevo. Seguiría ahorrando y a lo mejor a los 45 si no

necesitaban ese piso antes, podría tener para casi comprarse uno, con pocos años de hipoteca.

La semana transcurrió tranquila y el sábado hizo lo que todos los sábados, limpiar e ir a la compra.

Luego salió al centro comercial, se hizo las uñas, y se compró algo de ropa, un conjunto de ropa interior y unos tacones, pasó por la peluquería a echarse las mechas, comió fuera y tomó café.

Y cuando llegó a casa, dejó la ropa preparada para salir con Javier, se dio una ducha y se echó en el sofá una buena siesta.

Cuando despertó recogió la colada de la secadora y miró su Facebook, llamó a su tía y a su hija y como siempre esta última tenía una excusa y solo la saludó, que todo iba bien.

Como siempre un minuto de su tiempo.

Bueno, pues nada. Tenía una cita y nadie iba a estropearla.

Una cita en un par de años. Con un chico más joven, policía y que estaba bueno y tenía sentido del humor.

Se encontraba algo nerviosa. De hecho, Javier la ponía nerviosa, alterada. Le revolucionaba las hormonas. La retaba y la miraba como de lado.

Era un hombre interesante y muy atractivo, pero debía saber y no olvidarse de que le gustaban las mujeres y tenía a tres revoloteando a su alrededor. Casadas, maduras y con experiencia.

Se sintió un poco celosa sin saber por qué. ¡Qué tontería!

A las nueve empezó a arreglarse, se maquillo, se peinó y se vistió, llevaba un vestido algo escotado, en blanco y negro de media manga. Como los tacones que le gustaron, unos pendientes a juego y un bolso igual, la ropa interior negra, se perfumó y espero cinco minutos. Ese hombre era puntual. A las diez en punto sonó la puerta…

CAPÍTULO III

Cuando abrió la puerta, Javier, se quedó de piedra.

-¿Eres Martina?

-¡Qué tonto eres!...

-¡Estás superguapa!, de verdad.

-Gracias. No siempre te asalta y esposa un poli, viene a comerse tu solomillo y luego te invita a cenar.

Él se reía.

-Tú también estás muy guapo.

-¿Sí?

-Sí, siempre digo lo que pienso…

-Anda, nos vamos.

-¿En coche?

-Sí, que quiero llevarte a un restaurante bonito.

-¿Sí?

-Sí, para compensarte.

-Gracias, eres muy amable. ¿No es tu coche negro?

-El del trabajo, mujer.

-¿Ah, no es el mismo?

-No, este es azul. Y es el mío.

-Me gusta más este. Es menos serio.

-Mejor. Es nuevo. Sube.

-¡Qué galante!- cuando le abrió la puerta.

-Soy galante. Un caballero.

-Lo he comprobado.

-Mujer, ¿no vas a olvidarlo nunca?

-Sí, si tuvo su gracia… menos el chichón.

-¿Qué chichón?

-Uno que me hice al caer con la puerta.

-¿Ya no lo tienes?- le dijo preocupado.

-No, se quitó.

-Menos mal, me siento culpable.

-Por eso vas a pagar.

Se le subió un poco la falda del vestido y se vieron unas piernas magníficas y Javier tragó saliva.

Ella se dio cuenta, pero no dijo nada y sonrió cuando dio la vuelta al coche.

-Vamos allá.

-¿Dónde vamos?

-Es un secreto, ¿te gusta el marisco?

-Es mi preferido, -le dijo con una sonrisa preciosa y él se la quiso comer. No se había fijado en ella como una mujer, hasta que la vio en el quicio de la puerta. Se excitó y se olvidó de las tres casadas en un instante. Estaba deslumbrante. A él nunca le importó la edad. Y ella estaba muy buena. Y era buena, lo sabía. Ese imbécil no la había valorado.

-¿Lo querías?

-¿Cómo?- dijo ella mientras Javier conducía.

-Que si lo querías o sigues enamorada de tu ex.

-Ni loca. ¿Crees que soy masoquista? El amor me duró hasta que conocí a su familia.

-¿Y por qué no te divorciaste antes?

-Por mi hija, para nada por él, luego se quedó con él porque dijo que yo no tenía nada que ofrecerle.

-Debe ser duro.

-Lo es, pero ya es mayorcita y tendrá hijos supongo. ¿Y tú, la querías?

-Pues no, llevábamos muchos años saliendo, pero luego entró al hospital.

-¿Es enfermera?

-Médica estomatóloga y se enamoró de otro médico. Solo teníamos la casa, los coches y el dinero… Fue de mutuo acuerdo. Éramos amigos conviviendo más que pareja, ni sexo, ya tenía. Y le sonrió.

-¿Y tú te estás desquitando?

-No mujer, pero necesito sexo. Soy un hombre joven y no me gusta con cualquiera. Soy selectivo en ese sentido.

-Pero Javier, con casadas…

-Bueno, yo quiero lo que tú dijiste.

-¿Qué dije?

-Tener una historia y solo una mujer los fines de semana o algunos días.

-Sí, lo dije y lo busco.

-¿Puedo ser ese?

-¿Cómo?

-Quiero ser esa historia en tu vida, dure lo que dure.

-¿Y las mujeres?

-Las dejaré. Como tú dices no debo estar con casadas.

-A ver, ¿te has vuelto loco?, ¡no me conoces!

-¿Y los hemos conocido en los años que hemos estado casados y saliendo con ellos?

-No, la verdad.

-Pues nos vamos conociendo, si no sale bien, nada.

-¿Hablas en serio?

-Totalmente en serio, ¿has tenido alguna historia?

-No.

-¿Ni sexo?

-Tampoco.

-Mujer.

-A ver, tengo miedo.

-¿De qué?

-Conocer otro cuerpo, otro hombre, no he conocido a ninguno más.

-Seré complaciente, cómplice, amigo.

-Me estás poniendo nerviosa, ¿sabes?

-Te quitaré los nervios.

-¿Cuánto llevas tú sin sexo?

-Cuatro meses y es mucho. Porque hemos estado preparando la redada. La parte final. ¿Qué me dices?

Y ella lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

-Aquí es,-aparcó.

Y antes de bajar del coche le volvió a preguntar.

-Dime algo, Martina.

-Si es con fidelidad sí, mientras estés conmigo con nadie más, aunque te llame. Te lo digo en serio.

-No habrá nadie más.

-He sufrido mucho.

-No habrá nadie más, Martina.

-Está bien, hasta que dure.

-Espera que empiece.

-Me pones de los nervios.

-¿Buenos o malos?

-No, me lo voy a preguntar.

-Esta noche lo comprobaremos.

-¿Esta noche?

-Somos adultos. ¿A qué esperar? Te deseo.

-No voy a poder comer los mariscos a gusto.

-Te los comerás, tomaremos una copa y bailaremos y luego nos vamos a mi casa.

-¿Tienes un piso?

-Una casita en una urbanización cerrada, de dos plantas.

-¿Dónde?

-En primera línea de playa.

-¿En serio?

-Sí. Venga vamos a comer tranquilos. Y me cuentas qué le haces a los abuelos aparte de tenerlos contentos.

-¡Qué bobo eres! Que sepas que me quieren mucho y están contentos.

-¿Y te tocan el culo?

-¡Serás morboso!… Algunos lo intentan,- dijo riéndose- pero son buenos.

-¿Te gusta tu trabajo?

-Me encanta. Sobre todo, cuando le hago el taller de memoria. A ellos también. Se sienten protagonistas cuando cuentan su historia, por ejemplo, de cuando se hicieron novios, la primera vez que tuvieron sexo, cuando se casaron…

-Los vas a pervertir.

-No son tontos, solo mayores.

-Es verdad.

-No los trato como niños, sino como hombres y mujeres sabios que han vivido.

-Eres especial mujer.

-¡Qué bonito!, ¡me encanta!

-Lo sabía, -y le arrimó la silla y dejó la chaqueta en el respaldo y ella el bolso.

-Sabes que tengo cinco años más que tú.

-No se nota. La edad es un número.

-Contable.

-Yo no lo cuento y no son tantos, Martina, solo cinco.

-¡Está bien!, si a ti no te importa, a mi menos.

-Así me gusta.

-¿Te gusta a ti tu trabajo?

-Me encanta. Vengo de una familia de policías, desde mi abuelo. Yo soy secreta.

-Por eso no llevas uniforme.

-Por eso, me dedico a estudiar diseñar y actúo también.

-Es peligroso.

-Cruzar una calle es peligroso Martina.

-No compares.

-Bueno, mira la carta. Pide lo que quieras.

-Pide tú, a mí, me gusta todo.

-¿Y una fuente variada y un platito de fritos?

-Sí.

-¿Vino?

-Cerveza sin alcohol.

-¡Qué desperdicio! Yo vino blanco- le dijo a la camarera.

-No bebo listillo. Bueno cuéntame ¿Sales de Cádiz por trabajo?

-A veces, sí, a Sevilla, durante la semana, por los pueblos, sobre todo Algeciras, San Roque, algunos pueblos, de la costa malagueña.

-Me vas a tener en vilo.

-Te llamaré cuando pueda.

-Vale.

-Pero si te molesto…

-No, en el trabajo no molestas, si es wasap. Por la noche sí puedes llamarme. Y por la mañana antes de las ocho.

-Vale.

Estuvieron hablando de sus familias. Martina le habló de su tía, de que su hija no hablaba más de un minuto, y de que era feliz con la vida que tenía ahora.

-Serás más feliz, pequeña.

-Quiero una historia bonita.

-La haremos.

-Gracias, confiaré en ti.

-¿Postre o quieres algo más?

-Postre, no me cabe más nada.

Se tomaron un mus de chocolate.

Y él pagó y se fueron.

-Vamos a bajar esto con una copa.

Y la llevó a una discoteca que tenía un patio fuera y allí se tomaron la copa, se sentaron, y bailaron, se divirtieron.

-Bailas más que una chavala. Y muy bien.

-Bueno lo intento, hacía años que no bailaba. Tú también bailas bien.

-Vengo a veces.

-¿Con ellas?

-No, solo. ¿Nos vamos?

-Sí, son las dos.

-Vamos. No te pongas nerviosa.

-Lo intentaré.

Y él tomo rumbo a su casa, le dio al aparcamiento y bajaron al parquin. Luego a la urbanización, abrió la puerta y entró en su casa.

-Pero ¡qué casa más bonita! Es supermoderna y con la cocina abierta.

-Ven te la enseño.

-Cuatro dormitorios arriba, ahora vamos. Pongo la alarma. Me gustan grandes, el salón, despacho. Un aseo con parte para el lavado.

-¡Ay qué me encanta!

-Tres dormitorios con duchas, menos el mío que tiene ducha y bañera.

-¿Tienes cepillo de dientes?

-Sí. Tengo nuevos en el cajón del mueble.

-Quiero entrar al baño.

-Vale voy al otro.

Estaba tan nerviosa… se lavó los dientes y el sexo con una toallita. Se quito el salva eslip.

-Por dios, le temblaban hasta las orejas…

Y él entró por la puerta, maravilloso, alto y guapo, oliendo, masculino, y se agachó a la cama y le quitó los tacones, dejó el bolso en el suelo al lado de la mesita y le desabrochó la cremallera, le quitó el vestido y ella se quedó bajita, en ropa interior.

Se puso las manos en el sujetador como si pudiese tapar algo y Javier se las quitó.

-Vamos no seas boba, nena…

Se quito él la ropa y se quedó en ropa interior. Su bóxer negro y vio el bulto en ellos.

Le desabrochó el sujetador que cayó al suelo… le bajó el tanga y se quitó el bóxer.

Y se quedaron frente a frente desnudos, mirándose. Él estaba tan excitado… era tan bella.

Estaba tan bueno…

Parecía que el tiempo no avanzaba, que se quedaba paralizado como ella. No recordaba la última vez que hizo el amor con Fran, ni siquiera cuando tuvo un orgasmo, porque los últimos meses nunca los tenía. Estaba estresada. Se sentía no deseada.

Y ahí estaba ahora el hombre más glorioso que había visto en todo su esplendor, y la deseaba y ella se sentía deseada, libre, mojada y húmeda. Le dolía su sexo del dolor, de ese dolor de tener a un hombre dentro de ella y no podía haber elegido el azar mejor hombre para ella.

No sabía qué duraría la historia, pero verlo duro con ese pecho esculpido y su sexo grande y listo, armado hasta los dientes, como decía Javier, le provocaba a ella ansiedades y deseos dormidos.

Conforme él acercaba su cuerpo al suyo, notó su sexo en su vientre, sus labios en los suyos y cerró los ojos como una adolescente virgen, temblando como la primera vez.

Incluso era mejor que la primera vez, ahora era una mujer e iba a darle placer a ese hombre. Mejor que el que le habían dado las mujeres que había tenido. Siempre se había esforzado por ser la mejor en todo y le habían cortado las alas. Pero ahora volaría libre con Javier . Y le haría gozar, vaya que sí, y ella recibiría en la misma medida.

Cuando él tocó su sexo se hizo mujer agua. Javier la miró…

-¡Joder nena!, estás muy mojada- y ella supo en ese instante que a las demás eso no le había pasado. Y se sintió satisfecha.

-No me digas eso que me da vergüenza.

-A mí me da otra cosa, tócame- y llevó las manos de Martina a su pene duro como un junco.

-Es como de terciopelo.

-¿Te gusta?

-Vanidoso, sí, me gusta.

-A mí, me gustan esas tetas y esos pezones que…

CAPÍTULO IV

Martina se sentó en la cama con las manos en el regazo de los nervios. Él se agacho y se las separó. Arrimó la boca a la suya, le echó el pelo hacía atrás y la besó lentamente. Martina, le echó los brazos al cuello y aceptó ese beso y su lengua y el besaba su boca y su cuello, temblaba, y bajó a sus pechos y mordió los pezones y lamió sus pechos y ella se mojó y gemía y Javier se agrandaba y la tumbó en la cama y se puso encima de ella. Llevaba meses sin tener relaciones y deseaba penetrarla sin más, ya había tiempo de preliminares más adelante.

Ella tenía palpitaciones en su sexo, lo deseaba y le cogió un preservativo de la mesita de noche, se lo puso, la besó de nuevo y Martina abrió las piernas para recibirlo, entero. Deseante y jadeante, y lo abrazó. Abrazó ese cuerpo de infarto que él tenía y besó su cuello y tocó su trasero para acercarlo.

-Nena no hagas eso o no llego ni a entrar.

Pero entró en ella mojada, deslizando su libre dicha en su deslizante primavera y Javier gimió.

Era algo inesperado. Entrar en ella fue tan especial que cuando ella lo abrazó por sus piernas gimiendo, él siguió mordiendo sus pezones y besándola, y se movieron gimiendo como eco. Lo recibía como a nadie. Estaba perdida en el deseo, y sintió bajar ese deseo a su sexo y lo sintió correrse, a Javier, caliente y ya no hubo momento para nada más que para terminar el orgasmo infinito que alcanzaron.

-¡Joder Martina!- dijo él resignándose.

Se había salido un poco de semen por arriba del preservativo, pero pensó que fue al salirse él. Y del tiempo que hacía que no tenía relaciones.

Y ella se quedó allí respirando y recobrando esa respiración.

Javier fue al baño y volvió a tumbarse junto a ella.

Y ella se abrazó a él. Se metió en su cuerpo de hombre grande y lo abrazó pegando sus pechos al pecho de él.

-Me encantan esas tetas, nena, son preciosas y esos pezones grandes y sensibles.

-Calla que me…

-Ahora, que te los he comido… espera que te coma el coñ…

-¡Ay, no hables así!

-Así se llama, nena.

-Pero soy más fina.

-Pero yo no, deja que me recupere.

La besó y estuvieron hablando un rato. Pero él tenía fuerza y la manejaba como quería.

Le acariciaba las piernas y su sexo.

-Martina, estás mojada siempre.

-Sí, algo bueno debo tener.

-Ummm… me encanta.

Y bajó a su sexo.

-¡Ay, Javier!...

-Shhh, disfruta, pequeña, a eso hemos venido.

Y sintió la boca y la lengua de él en su sexo y se derretía. Lo cogió por el pelo y se relajó disfrutando. Y tuvo un orgasmo inesperado que se tragó Javier y fue besándola, subiendo por su cuerpo.

-¡Qué facililla eres!

-Te voy a dar…

-Dame, todo está permitido.

-Estás más loco…

-Deja que me relaje.

-¡Tócame!

Y ella lo tocó.

-Es bonita, y grande.

-¿Te lo parece?

-Me lo parece y lo sabes. Te gusta que te lo diga una y otra vez.

Y ella bajó moviéndolo y lamiéndolo y chupándolo y ahora el que gemía era él.

-Nena no tan deprisa., ¡aggg!, ¡joder Martina! ¡Qué bueno! Sigue, ah dios. Qué me haces…

Le cogía el pelo para ver cómo se lo hacía y se excitaba más. Sentía y sentía y sentía que

iba a tener un orgasmo y la retiró y se corrió en sus pechos. Agg joder…

Esta vez fue ella la que fue al baño y lo limpió.

Y se quedaron de nuevo abrazados.

Martina lo miraba y Javier tenía los ojos cerrados.

-¿Qué piensas?

-¿Cómo sabes qué pienso?

-Soy poli, pienso.

-Bobo, no pensaba nada.

-Pero quieres preguntar.

-Sí, eso sí.

-Dispara Martina, no tengo nada que ocultar.

-¿Te hacían sexo oral?

-Sí.

-Mejor que yo.

-Y él se reía.

-¿Estás celosilla?

-Un poco, sí, -lo golpeó en el pecho.

-Me ha gustado mucho. Eres distinta.

-Pero no mejor.

-Olvídate de eso. Me ha encantado. ¿O no lo has notado?

-Sí.

-Pues ya está, ahora, solo estás tú. Y eso me basta. Quiero verte satisfecha sexualmente y feliz, no solo sexualmente. Ese es el pacto que hemos hecho. Una historia bonita como tú.

-¡Ay!- y lo abrazó.

Y estuvieron hablando y besándose.

-Ven aquí -y la puso como un perrito.

-Esta postura me encanta, nena.

-¡Ay, Javier por dios!, no creo que vaya a poder tener otro orgasmo esta noche.

-Lo tendrás y toco su sexo con las manos y estaba húmeda.

-Ya verás que sí y se introdujo en ella, agarrándola por las caderas para pegarse a ella y luego con las manos le pellizcaba los pezones y la penetró desde atrás y se volvía loco. Hasta vaciarse en ella y ella lo tuvo. Y se corrió con él.

Esa noche durmieron acurrucados. Él la abrazaba por los pechos. Hacía tiempo que no dormía con una mujer desde que se divorció, o antes. Porque tuvo sexo, pero dormir no.

Y se sintió bien, como ella.

El domingo bien entrada la mañana, él se duchó y se puso unos vaqueros y una camiseta de manga larga y una cazadora y la llevó a casa. Martina hizo lo mismo y salieron a desayunar.

-Date prisa, nena que estoy muerto de hambre.

-Estoy acabando-le dio desde la habitación.

-¿Qué vamos a hacer luego?

-Dar un paseo.

-Está bien y comemos algo fuera.

-Tapas, Javier.

-Lo que digas encanto. Luego siesta y me voy que tengo que preparar cosas para la semana que viene.

-Vale- ya estoy.

-Estás guapa. Con el pelo recogido como con el pelo suelto.

-Así voy más cómoda.

Y le dio en el trasero.

-Venga que tengo que alimentarme.

-Que yo no tengo hambre, vamos…

Se tomaron un buen desayuno y se dieron una vuelta por Cádiz y por el paseo marítimo hasta la hora de comer. Se llevaron unos dulces que ella quiso para tomar el café en su casa. Y allí pasaron la tarde en el sofá y la cama hasta que cenó y se fue.

-Te llamo, Martina.

-Cuando quieras.

-No ligues.

-No ligues tú y ve borrando a esas casadas.

-Ummm… dame un besito, boba. Si estás muy buena, ¿para qué quiero a otra?

Y la abrazó.

-Si no te veo durante la semana, el viernes vengo.

-Cuando puedas.

Y cerró la puerta y se quedó sola. Se metió en el baño, se puso un pijama y recogió la cocina. Dejó lista la comida que había hecho para la cena, para llevársela el día siguiente al trabajo, el bolso y la ropa.

Y se tumbó en el sofá. Se acurruco pesando qué había pasado en dos días y si había sido una buena decisión. Era más joven que ella. Debía desechar todas sus inseguridades.

Había pasado dos días maravillosos con Javier y no iba a estropearlo su mente. Que siempre andaba rondando. Era feliz, estaba sexualmente satisfecha incluso sentía vergüenza de haber hecho con él lo que no había hecho con nadie, sin vergüenza ni tapujos. Y su vida estaba cambiando, empezaba a ser feliz, a vivir. Su cuerpo empezaba a renacer de nuevo, su sexualidad dormida, su corazón roto por su hija y por lo que pasó estaba recomponiéndose.

¡Ah dios que le durara esa historia con Javier! Era tan… perfecto. Sin embargo, tenía miedo de ser una más de sus amigas. Pero eso no podía evitarlo. O confiaba y era feliz o no lo era. Le costaba confiar. Sus miedos e inseguridades a veces salían a la calle y le hacían daño. Pero si quería vivir esa historia con Javier debía confiar o echaría a perder lo bueno que estaba viviendo.

Mejor ser feliz.

Era temprano y prefirió leer una novela romántica a ver una peli.

Y cuando se le cerraban los ojos se acostó. Puso el despertador y rememoró con el olor en la almohada de Javier, esos momentos que pasaron juntos.

Por su parte Javier, iba a casa tan contento. Prefería tener una mujer como Martina.

Martina era diferente, y no podía haber más, no podía hacerle daño, además era complaciente, sabía cómo darle placer a él. Era placentera. Le encantaba su olor. Todo en ella hasta su ingenuidad, a pesar de ser unos años mayor. Estaba encantado de haberla encontrado. Y sonrió rememorando los momentos en que la conoció y la esposó. Ahora sí que deseaba esposarla a la cama y hacerle el amor hasta que no pudiese más.

¡Cómo no!, recibió mensajes de quejas de sus amigas, cuando las llamó para decirles que salía en serio con alguien, por decirles algo, pero les dijo que lo sentía que se había acabado, que había sido bonito mientras duró, y que sabían que eso no llevaba a nada y podría suponer un problema para ellas y su trabajo y sobre todo para él que estaba enamorado. Y que había conocido a alguien especial.

Y así se despidió de ellas. Ya lo había pensado mucho antes, un año era demasiado alternarlas sin que ellas lo supieran y estaba cansado.

Con Martina tenía suficiente después de haberla conocido. Estaba ilusionado como un chiquillo adolescente, como cuando conoció a su ex, pero diferente porque Martina era distinta. Era ardiente, era tenaz, era tan hermosa…

Le había dado su palabra y él era un hombre de palabra, pero es que además no le apetecía salir sino con Martina, quería conocerla, disfrutar de su cuerpo. Era divertida y a veces un tanto ingenua. Y esa ingenuidad suya a los cuarenta, le encantaba.

Quería enseñarle todo cuanto él sabía se sexo. A veces le parecía que no había tenido un buen sexo ni demasiado tampoco. Ese cabrón de Fran, le había puesto toda la vida cuernos. Y a veces quería matarlo, porque ella no se lo merecía.

Tampoco él se merecía lo de su ex, pero lo suyo estaba muerto, sin embargo, Martina había esperado y esperado a nada. Quizá Fran

esperaba que ella diera el primer paso, pero ella por su hija nunca lo dio. Era una sufridora y su hija no merecía el sacrificio que hizo por ella. Lo que había aguantado, llorado y sufrido.

Martina no le había contado nada, pero la iba conociendo y sabía cómo era ella. Una mujer excepcional, honesta y buena en todos los sentidos. Y lo deseaba sinceramente y eso a él lo ponía muy cachondo, porque Martina no era solo sexo, era algo más.

Martina le daría problemas, no solo una historia. La conexión con ella había sido algo distinto a lo que él había tenido con ninguna mujer.

Cuando llegó a casa, preparó todo y dejó un par de trajes para el tinte, para que la chica que le limpiaba la casa se los llevara. Se duchó y él sí que se metió en la cama, soñando con ella.

CAPÍTULO V

Las siguientes semanas, fueron fantásticas para ellos. Se llamaban, se veían los fines de semana y a veces, pocas, él pasaba una noche con ella entre la semana, porque andaba metido en un trabajo por Sevilla.

Martina se preocupaba porque el trabajo era complicado, peligroso, hasta que pasaba con ella los fines de semana y se olvidaba.

Pasaban el fin de semana en la casa casi siempre de Javier, porque a él le gustaba estar en la playa.

Y así, pasó marzo, abril y mayo y llevaban en esa situación casi tres meses. Tres meses en los que no le vino la regla a Martina y no sabía por qué motivo, porque siempre se habían protegido.

Tenía miedo de decirle nada a Javier. Sólo llevaban tres meses y sabía que él no quería hijos, pero se habían protegido. Ella no era la culpable solamente. Y estaba alterada.

Un sábado estaba por la tarde en la piscina y ella que ya sabía que lo más probable es que estuviese embarazada, y asustada a los cuarenta años por volver a tener otro hijo… le pregunto:

-¿No te gustaría tener hijos, Javier?

Y él con las gafas puestas, estirado en la tumbona, la miró.

-No quiero hijos Martina, mira qué trabajo tengo.

-Como cualquier policía, y tienen hijos.

-Pero no nosotros, además, tú ya tienes una hija.

-Como si no la tuviese y lo sabes.

-Bueno, pero tienes hijos y yo no quiero.

-¿Y si estuviese embarazada?

-¿Lo estás?

-Te pregunto si estuviese embarazada.

Y la miró…

-¿Querrías que abortara?

-Es una opción.

-¿La otra?

-No sé por qué estamos hablando de esto Martina, no quiero niños, pañales y no quiero problemas. Estamos bien como estamos. Era la historia que querías y en esa historia no entraba tener un hijo. Ni siquiera amor. Somos amigos, cómplices. Eso era lo que acordamos. Somos felices de esta manera, disfrutamos de todo sin problemas.

-¿Y tú no quieres hijos?

-También boba. Si más adelante surge algo entre nosotros. Estoy feliz contigo, pero un hijo no entra en la ecuación. Dijimos que una historia hasta que alguno quisiera acabarla.

-Quiero acabarla Javier.

Y éste se incorporó.

-¿Por qué?

-Porque no quiero seguir con esta historia.

-¿Por qué quieres algo más? Nunca te prometí algo más, quise lo que tú querías. ¿Es por lo del niño? Es una tontería. Estamos muy bien así. Vamos Martina, no seas boba. Me encantas. ¿De verdad quieres dejar esto? No me lo puedo creer.

-En este momento, sí.

-¿Y ahora quieres otra cosa?

-Ahora quiero estar sola.

-Pero Martina, ¿no lo dirás en serio?

-Muy en serio.

-Pero nena, me gustas, estamos bien, no tengo a nadie más, las dejé por ti.

-¿Y tengo que darte las gracias por ese esfuerzo?

-No es eso. Y lo sabes.

-¿Entonces qué leche es? ¿Crees que todo ronda en torno a ti, a lo que tú quieres?

-Pero si lo querías tú…

-Y te digo que no me es suficiente. Que quiero acabar.

-Martina, no voy a casarme contigo, ni con nadie, ni voy a vivir con nadie, si lo haces por ese motivo. Estoy contigo porque esto que tenemos me gusta y porque eres especial y me gustas. Y también dijimos hasta que se acabara.

-Sí. Pues ya lo sabes, se acaba.

-Pero Martina…

-Quiero irme a mi casa.

-¡Está bien!¡Maldita sea!

Recogió sus cosas en un bolso y Javier la dejó en su puerta. Ni entró siquiera. Ni besos de despedida, ni nada.

Y subió a su casa llorando. Y Javier se fue muy enfadado. Porque la conocía. Sabía que era tajante y cuando decía no, era no.

Martina, sabía que no era una buena idea, bueno sería una buena idea si no se hubiese quedado embarazada e iba a comprobarlo y bajó a la farmacia de guardia y compró un par de tests de embarazo.

En todos esos meses Javier, no había sentido nada por ella, ella se había enamorado de ese hombre y pensaba que una opción era abortar y no sabía si lo había dicho en serio, pero le dolió en el alma.

No merecía nada ningún hombre. Estaba decepcionada. Dos hombres y nadie la quería. Pero ella sí se quería.

Y estaba embarazada sin remedio. La prueba, se lo confirmó con meridiana claridad cuando llegó a casa.

Tendría a su hijo sola, no pasaba nada, y se cansó de llorar.

Pero solo ese día.

Las siguientes semanas, fue al ginecólogo y éste se lo confirmó doblemente, ni siquiera la llamó Javier, ni ella a él, y en verano, en julio, supo que iba a tener un niño. Y que le pondría Javier. Solo se lo contó a su tía. A su hija ni siquiera. No la había vuelto a ver.

-Vamos Martina, todo te va a salir bien, no eres mayor, hoy todas las mujeres tienen hijos a los cuarenta.

-No es por eso tía, no lo quiere.

-No se lo has dicho, una cosa es que lo pensara y otra que lo sepa, y tiene que saberlo para que tú sepas bien qué opina.

-Tienes razón, iré antes de agosto que me voy de vacaciones y ya tengo cuatro meses y se me nota un poco.

-¡Estás preciosa! Tenemos que ir de compras.

-¡Ay, tía! Tengo miedo.

-Vamos mi niña, Llámalo y se lo dices, merece saberlo y que haga lo que quiera.

-¡Está bien!

Y esa noche Martina fue a su casa.

Javier le abrió y él se sorprendió cuando había mirado por la mirilla de verla allí.

-¡Hola Martina!, ¡cuánto tiempo!

-¡Hola Javier! ¿Estás ocupado?

-Tengo a alguien.

-¿Una mujer?

-Sí, una mujer, me conoces.

-Quería hablar contigo.

-Cierro y hablamos en el patio.

-Vale- Y eso le dolió en el alma.

Y ella tuvo unas ganas inmensas de llorar.

-Dime.

-Estoy embarazada. Es tuyo. Es un niño y estoy de cuatro meses. Ya se me nota un poco, mira…

-Pero ¿cómo?… Martina… sabes que…

-Sé todo, pero debía decírtelo. Tu tomarás tus propias decisiones. Tienes derecho a saberlo.

-¡Maldita sea Martina! ¿Piensas tenerlo?

-Tengo cuatro meses de embarazo y pienso tenerlo.

-Eres mayor. Digo, tienes cuarenta años.

-Gracias por recordármelo, para salir contigo no lo era.

-No quiero decir eso Martina, lo tergiversas todo.

-Bien, bueno, ya lo sabes. Solo quería decírtelo.

-No voy a cambiar de opinión, si tú lo tienes, te haces responsable- dijo con rabia, a

sabiendas que recordaba bien que en el primer preservativo se había salido un poco de

semen y eso ella no lo supo ni él se lo dijo. Tuvo que ser ahí.

Y ella lo miró con pena y sin decirle adiós, se fue.

-Martina- le dijo él.

Pero Martina siguió adelante con su vida.

Eso no se lo iba a perdonar. Jamás.

Otro hombre fuera de su vida, pero su hijo, no sería como su hija. Al menos no tendría un padre que la pusiera en contra de ella.

Al día siguiente, Javier iba a hablar con Martina, estaba cabreado, estaba… no se sentía libre. Pero lo llamaron con urgencia a la central. Y ya no hubo más que pensar cuando lo enviaron a Galicia por unos años. No podía ponerse en contacto con ella ni decir dónde iba.

Cuarenta y cuatro años tenía cuando llevó por primera vez a su hijo al cole, antes lo había llevado a la guardería del trabajo. Había tenido sola a su hijo con ayuda de su tía. Y ahora Alex que así se llamaba, tenía tres años. Y había sido duro, muy duro criarla sola. Aunque su tía le había ayudado, era ella la madre y llevaba el peso de todo.

Se había cambiado a un piso nuevo para ella, fue un chollo encontrarlo. Y pagaba poco de hipoteca durante cinco años que le quedaban. Era tan feliz… Javier había pasado a la historia. Pensó en ponerle Javier, pero no lo merecía así que le puso Alex, como el marido de su tía y su padrino. Y sus apellidos, al fin y al cabo, era madre soltera.

Alex era un niño vivaracho que no paraba. Tenía una energía a prueba de bomba. El problema es que tuvo que meter a una chica para llevarlo al colegio y recogerlo y estar con él hasta que ella volvía por la tarde. De paso le hacía la casa, la comida, la compra.

Y bueno, la tarde era para pagar a la chica y las facturas. Al final no podía ahorrar tanto como quería, pero si podía ahorrar al mes cuatrocientos euros, algo era. Y tenía casa. No podía hacer otra cosa. Y salir, salía con su hijo. Hombres, ninguno desde Javier.

Nunca supo más de él y Javier ni la llamó.

Cuando había una redada en la tele, miraba a ver si lo veía o en internet, periódicos, etc.

Cuando pasaron dos años más y Alex cumplió cinco años, la residencia de día, privada, la adquirió una empresa distinta y estaban todos los trabajadores con un pie en la calle.

Al día siguiente, iban a conocer al dueño e iban a tener una entrevista todos con él, incluida la trabajadora social. Ella lo dijo. Incluso la trabajadora social también.

Intentó ir lo más presentable posible.

Cuando vio a ese hombre, malagueño, alto, y guapo, tendría casi 50 años, pero era el hombre más elegante, educado y con modales que había conocido. Ella ya tenía 46, casi. Seguro que la echaba, porque era mayor y siempre elegían a los jóvenes para entretener a los mayores. Y aunque llevaba muchos años, casi desde que terminó la carrera, y tenía su puesto fijo, hoy no había nada fijo.

Rubén Herrero, que así se llamaba, hizo la presentación en el salón con todos los trabajadores, en su mayoría trabajadoras. Habían comprado una serie de residencias de día y de noche en Andalucía, sobre todo Málaga y Cádiz y haría algunos cambios tanto físicos como de personal. Y se vio por un momento en la calle, trabajando solo cinco horas con hipoteca y niño.

A la entrevista personal, entró primero la trabajadora social, y ellas la miraron y no vieron nada nuevo en su cara.

Le tocó el turno a la enfermera y luego entró ella.

Y Rubén miro su currículum.

-Siéntate Martina.

-Gracias.

-Llevas muchos años aquí.

-Sí, desde que acabé la carrera. Ahora tengo 46.

-Más de veinte años.

-Sí, la verdad.

-¿Tienes un hijo?

-Sí, de cinco años.

-¿Y trabajas en otra residencia?

-Cinco horas y tres o cuatro en esta, depende. Tengo en medio una hora para comer.

-Martina, eres buena y llevas mucho tiempo, pero eres una de las personas que quiero cambiar.

-¿Me echa?

-Tú lo vas a decidir.

-¿Decidir qué?

-Mudarte o irte.

-¿Mudarme dónde?

-A Málaga.

-Pero tengo el otro trabajo, tengo mi hijo en el cole y un piso y me quedan por pagar tres años de hipoteca.

-Eso no es problema.

-¿No?

-No. Te pagaríamos la indemnización de la otra residencia.

-¿Y eso por qué?

-Porque necesito una persona como tú. Hay colegios y puedes vender tu piso y comprarte otro.

-Allí no tengo a nadie.

-A tu hijo.

-¿Y qué haría?

-¿Te gusta viajar, organizar?

-Sí.

-Verás aquí en Cádiz tengo a gente, pero en Málaga necesito una terapeuta, pero ya no estará en contacto con los mayores.

-¿Ah no?

-No. Revisarás las residencias de la zona, te encargarás de hacer las actividades para todos, he visto las que haces y me encantan. Las harás iguales para cada una de las residencias. Comprarás todo para la terapia ocupacional, las repartirás y estarás al tanto con las otras terapeutas y directores. Y me darás el parte. Te encargarás de la contabilidad de las terapias innovadoras que vayan surgiendo. Eso has hecho aquí, y de los que falte o se te ocurra que se pueda hacer en cada residencia, va a ser todo nuevo.

-¿Pero son residencias nuevas?

-Son residencias nuevas. Tu trabajo de 9 a 5, con una hora para comer. Un despacho, un ordenador, pendrives para meter música y las actividades, y blocs personalizados para cada residencia. Tendrás de todo y harás las listas de materiales para todas las residencias iguales. Cada mes, repondrás lo que falte o se te ocurra dentro del presupuesto que te daré.

-¡Dios mío! Pero en Málaga…

-Exacto.

-¿Cuántas residencias hay?

-En la capital cuatro de día, tres de noche y día, una en Torremolinos, otra en Benalmádena y otras dos en Marbella y una más en Mijas costa. Todas en la costa.

-Eso es mucho trabajo.

-Tendrás un buen despacho y un buen sueldo, y te repartirás el trabajo. Tenemos una librería que nos hace descuentos y tiene juegos de madera, como he visto que te gusta tener. Y tienes un presupuesto inicial y uno mensual.

-Me gusta.

-Y un sueldo de 2500 euros con gasolina incluida. Tenemos comedor por si quieres traerte la comida. Y una pequeña guardería gratis.

-¿Hay guardería?

-Sí, somos innovadores, puedes ir a por el chico y comer en tu hora de comida. La comida del chico, sí que tendrías que pagarla, pero son 100 euros al mes.

-Lo dejo a comer en el comedor. Es más caro en el colegio.

-Perfecto, tenemos dos chicas hasta que acabes, hay camas y mesitas para que hagan los deberes y juguetes. Una sala para ellos. Te ahorrarías una chica. Tienen comida y camas para echar la siesta o dormir. Y se cobra un mínimo. Más bajo que cualquier guardería y te lo llevas cuando te vayas.

-Sí, me ahorraría una chica.

Pagaría comedor y el trabajo le encantaba.

-¿En qué parte de Málaga está la oficina?

-En pleno centro.

-Tengo que vender el piso y comprar uno.

-Empezamos el día uno de julio, en un mes. Pide en junio las vacaciones y nosotros nos encargamos de la otra residencia. Ve poniendo el piso en venta y tienes días para ver todo y otro piso, puedes ir un fin de semana.

-El piso no tendría problemas me quieren comprar desde hace tiempo, la hermana de una vecina.

-Pues tú me dirás, necesito la respuesta.

Y ella ni se lo pensó.

-Me voy.

-No esperaba menos. Gracias Martina, a partir de ahora tienes las tardes libres pagadas. para que vayas preparando todo.

-¡Madre mía!

-Puedes llamar a esta inmobiliaria, está cerca del trabajo y hay un colegio al lado.

-Pero es el centro.

-Bueno llama. Te queda poca hipoteca y te daremos un dinero por la indemnización de tantos años, las vacaciones y el de la otra residencia que te gestionaremos. De eso me encargo yo mañana. Quizá trabajes una semana más allí. Hasta que encuentren a otra persona, pero aquí ya puedes irte.

-Gracias.

-Toma, firma el contrato de todo, lee, ahí llevas todo.

Y estuvo leyendo, poniendo su cuenta, sus datos, las bajas. El permiso para que le dieran la baja en la otra residencia…

Tenía trabajo que hacer.

-Toma también las tarjetas de todo.

-Gracias.

-Mi móvil particular detrás. Eres la única que se viene.

-¿Me puedo ir entonces?

-Sí.

-Gracias por todo.

-Estaremos en contacto, pero te quiero en el trabajo el 1 de julio. Siento que no tengas este año vacaciones, pero irán pagadas.

-No importa. Hasta luego señor Herrero.

-Adiós Martina.

Martina cogió su coche y fue directamente a casa de su vecina a decirle que, si su hermana quería el piso, se lo vendía.

-Pero Martina, si lo quiere desde hace dos años.

-Pues díselo.

-¿Y dónde vas?

-A Málaga.

-¿A vivir?

-Sí, me han ofrecido un puesto allí. O eso o a la calle. Hacen una reconversión.

-La llamo -y a la hora estaba el marido y la hermana viendo el piso.

Hicieron un trato, le vendía el piso, pagaban la hipoteca que le quedaba, le daban lo que había pagado y 10.000 euros más por los intereses y pagar los gastos.

-Sabes vender bien Martina, hija.

-Es que tengo que comprar uno en Málaga y ahí están caros.

-Nos lo quedamos.

-Vamos mañana que abren el banco por la tarde y pedimos cita al notario.

-¡Está bien!

En una semana había vendido el piso, se había dado de baja en el trabajo y cobrado la indemnización y las vacaciones y había pedido unos días para encontrar otro piso. En Málaga.

Dejó al niño con su tía y fue a Málaga el siguiente fin de semana. Tenía para comprar el piso y se llevaría sus muebles, pero no quería quedarse sin dinero. Dependía del precio y quería un colegio para Alex, se tendría que quedar hasta el lunes por la tarde.

El piso fue verlo en el centro y encantarle, justo a diez minutos de la empresa, que la vio por fuera y del colegio que era gratis, salvo 250 euros por la comida. Pero lo recogería y comería en la guardería del trabajo que eran 100 euros. Y lo dejaría como los años anteriores hasta su salida del trabajo.

El piso que se compró tenía unos años, pero parecía nuevo. Reformado, precioso y a diez minutos andando a la playa, y del centro.

Tres dormitorios, pintado y para meter muebles, se quedó con él, pidió una rebaja y lo pagaba al contado. Ya que, con la venta del piso de Cádiz, quitó lo que le quedaba de hipoteca.

Así que se lo dejaron. Cambió las cerraduras, le encantaba, era tan soleado como el de Cádiz.

Pagó la inscripción del colegio para Alex, había plazas y se llevó la lista de materiales para el quince de septiembre en que el chico entraba al colegio.

-Ufff, se le había pasado el tiempo y se quedaría el lunes y el martes iría a Cádiz a buscar una empresa para llevarse los muebles.

Y el jueves iba cargada con todo, se llevó a Alex, la chica y le dio las llaves a la hermana de su vecina. Tendría que volver a llevar a Montse a Cádiz, la chica que tantos años había cuidado a Alex y recogería su escritura y su tía estaba contenta a pesar de que se le iba a Málaga, pero quizá un cambio de aires le vendría bien y encontrara un buen hombre.

-Iremos a verte, ni lo dudes. Cuando vengas te quedas en casa lo que necesites hasta que te vayas.

-Quizá una noche, tía.

Le colocaron todos los muebles al llegar a Málaga y entre ella y la chica colocaron las cortinas, y fueron a hacer una compra y comer fuera. Limpiaron un poco todo al día siguiente y una vez colocado todo y comprar algunas cosas, poner su nombre en el buzón,

domiciliar todo, se fueron a Cádiz de nuevo. Abrazó a Montse y le dio un sobre y su paga.

-¡Ay, Martina!, no es necesario- dijo la chica llorando.

-Lo es. Te voy a echar de menos.

-Pero son cinco mil euros…

-Te lo mereces.

-Gracias, os voy a echar de menos tanto…

Durmieron en casa de su tía y al día siguiente volvieron a Málaga. Había pasado por el notario y recogido la escritura de la venta de su piso.

-Mamá, estoy cansado de viajar…

-Ya hemos acabado, cariño. Ahora vamos a vivir en la casa nueva. Tendrás un cole y amiguitos nuevos cuando entres. Nos quedan cuatro días de vacaciones, antes de que mamá entre al trabajo y vendrás al trabajo de mamá, tiene una guardería allí con más niños.

-¿Sí?

-Sí.

-¡Qué guay!

-Así que ahora llegamos, salimos a comer, nos duchamos y siesta los dos, estoy molida.

-¿Luego puedo ver la tele?

-Sí. Pero las cosas del despacho de mamá no se pueden tocar.

-¿No vamos de vacaciones?

-Sí, pero iremos todos los días, tenemos la playa cerca. Y podemos comer fuera. Y los fines de semana.

-¡Guay!

Antes de echar la siesta miró su cuenta…

Lo bueno era que ya no tenía hipoteca... el piso era algo más pequeño, pero estaba bien. Y en la cuenta algo más de ocho mil euros. Bueno tenía que ir ahorrando. Iba a ganar un buen sueldo. Y todo libre.

Pasearon esos días por Málaga, fueron a la playa, al cine, al acuario, a comer o desayunar fuera… y así pasaron los cuatro días.

Y fue en esos días como en muchos, en que recordaba a Javier, por más que no quisiera hacerlo, se le metía en la cabeza y no podía sacarlo de ahí. Lo imaginaba con chicas o quizá se hubiese casado de nuevo. No, él no era de esos. Seguro que tendría pareja, pero nunca la había llamado, jamás en todo ese tiempo, ni le había preguntado por su hijo. Era un hombre con un corazón de piedra.

Le daría una paliza si pudiera. Cuando pensaba el él se irritaba, quería odiarlo, pero no podía. Era el hombre que, a pesar de los años, seguía amando porque estaba en su hijo y lo veía a diario.

Alex era tan bonito… era igual que él. Alto para su edad y precioso.

Y el uno de julio iba al trabajo con su hijo, su nuevo maletín y un bolso grande y el bolso

pequeño, una foto, una planta y comida.

Y entró…

Nueva vida,

Nuevo trabajo.

Nueva casa.

Hijo sin traumas.

Iba ilusionada, ahora tenía un trabajo de ejecutiva, como ella decía.

Era feliz, tenía casa, trabajo que le encantaba y a su hijo. ¿Qué le faltaba?

No estaría mal tener sexo ya de nuevo, buscarse un hombre que la mereciera, compartir con alguien, que la abrazara por las noches y le

hiciera el amor, sentirse amada y querida.

Un hombre que quisiera a su hijo, eso era esencial. Su hijo estaba primero, antes que el amor, antes que nada, que cualquier hombre.

Ya le preguntaba por su padre y ella solo se le ocurría que tenía una misión, que era policía secreta. No iba a mentirse, y que se llamaba Javier y era de Cádiz como ella, pero que no podía decir nada estaba pillando a los malos muy lejos. Se lo decía sin saber hasta qué punto acertaba.

También que su padre lo quería mucho y que vendría algún día, y le enseñaba fotos que tenía en el móvil, que aún conservaba.

A pesar de saber que ya nunca lo volvería a ver, tenía que decirle a su hijo lo que se le dice a un niño, cuando fuese mayor, le diría la verdad.

Lo único que le preocupaba ahora era la felicidad de su hijo y la suya propia, un estilo de vida diferente que merecía y que su tía le decía que debía buscarse un buen hombre que le diera vida a su cuerpo.

-Tía hay que ver cómo eres…

-Hija yo era muy joven cuando me casé, casi he sido una hermana más para ti que una tía, pero no puedes estar así, desperdiciando tu vida sin amor. No a todo el mundo le ha ido mal, mira a tu tío y a mí.

-Eso tía es porque has tenido mucha suerte.

-El amor te da vida, a tu alma, a tu cuerpo.

-Como si estuviese a la vuelta de la esquina.

-Si no te pones a la vuelta de la esquina y te quedas en casa, entonces sí que no vas a encontrar nada.

-Bueno, tía si se tiene que dar, se dará, además voy a empezar a salir, ya te he dicho que me he apuntado a un grupo de separados y divorciados y hacen actividades.

-A ver si es verdad y encuentras a alguien bueno que te merezca- le decía su tía.

CAPÍTULO VI

El primer día de trabajo, fue entrar en la primera planta y hablar con la recepcionista y la enviaron a la tercera para para dejar el niño y si quería la comida. El comedor estaba en la tercera y su despacho y el de Rubén en la segunda.

Así que apuntó a su hijo en la guardería durante el verano y cuando entrara al cole ya lo haría sin comida. La comida tenía que pagarla, pero era una cantidad mínima, 100 euros al mes. Le compensaba.

Alex se quedó encantado con el resto de los niños.

Y le dio un beso a su madre.

-¡Hasta luego mamá!

-Pórtate bien.

-Sí, como en el cole.

Las chicas eran agradables.

-No se preocupe, se lo pasan bien, y tenemos su teléfono por si acaso.

-Gracias, me lo cuidan mucho.

Y bajó a la segunda planta cargada de cosas.

Y vio su despacho abierto con su nombre.

Le encantó.

Al momento estaba allí una señora de su edad más o menos.

-¡Hola!, debes ser Martina…

-Sí, señora.

-Yo soy Pepa, la mujer de Rubén, encantada -y se saludaron.

¡Vaya tenía mujer, una pena! Pero bueno ella estaba lo suyo.

-Rubén ha tenido que viajar a Cádiz hoy, así que te pongo yo al corriente. Soy la subdirectora.

-Muy bien.

-Mira, aquí tienes una agenda con lo que debes hacer. En los cajones, material, pendrives. Y en la estantería las carpetas con las distintas residencias y su ubicación. Lo tienes metido también todo en el pc. Ya lo verás. Tienes un archivo de compras, pones materiales y precios en cada residencia.

-Muy bien.

-Luego el total, metes las facturas y guardas una copia. Y después, están las actividades, que es lo primero que vas a dedicarte.

-Muy bien. Perfecto. Eso pensaba hacer.

-Tenemos unas portadas preciosas para cada residencia, con las fotos, las fotocopiamos, las anillamos, si no sabes…

-Sí, sí sé, no se preocupe.

-Vale y eso es lo primero que vas a hacer, una vez las tengas todas, para todo el año, unas tres actividades por semana, o cuatro, depende del calendario, vas en una hoja aparte poniendo el material, y haces una lista de materiales. No los vamos a llevar todos a la vez, los llevaremos cada dos semanas o tres. Tú revisarás los armarios y hablarás con la trabajadora social o Directora y terapeuta. Los trabajos, etc. Y harás un informe mensual si se han cumplido los objetivos o no.

-Muy bien.

-Tienes carpetas detrás, para ello, si te parece le echas un vistazo a todo y te pones con las actividades. Me gustaría que hicieras las que tienes hechas de las residencias dónde has trabajado, nos han gustado mucho.

-Traigo los pendrives.

-Perfecto. Pues acomódate y hazlas, tienes las portadas de cada residencia y las anillas.

-Eso te llevará unos días, además hacer las listas de, los materiales y empiezas a repartir.

-Vale. gracias.

-¿Crees que tendrás esto en una semana o diez días?

-Dos semanas con los materiales.

-Perfecto, así dejamos en verano preparado todo. Te dejo Martina, Si Rubén puede te verá luego. Está viajando por las residencias. Así que acomódate y pon el despacho como quieras. ¿Has firmado el contrato?

-Sí, lo firmé en Cádiz.

-Perfecto. Te dejo trabajar.

Y así empezó ella su trabajo y su vida en Málaga. Se llevaba a su hijo los fines de semana a la playa. Y la última semana de julio, hizo las compras y lo organizó todo para llevarlo por las residencias.

Trabajo que se dedicó a hacerlo en agosto. Revisar, entregar y hacerse al trabajo. Rubén y Pepa, estaban muy contentos con ella. Llevaba bien el trabajo, viajaba. Se encargaba de las residencias y que no faltara material, hacer su contabilidad, comprar, y tenía su despacho, su tiempo y a su hijo cerca.

Le encantaba ese trabajo. Y le encantaba su piso. Quería estar con su hijo los fines de semana, así que contrató a una chica para que limpiara la casa una vez por semana y la compra, plancha y así no perder un día del fin de semana. Era una chica joven y también pensó en salir al menos los sábados. Ya era hora de empezar una nueva vida tras Javier, tenía cuarenta y seis años y su hijo cinco y quería tener actividades al menos una vez a la semana, la chica que le limpiaba, o su prima, se ofrecían los sábados a quedarse con Alex y que ella saliera.

Pero…¿dónde? Tenía una edad y tendría que mirar lugares donde iban personas de su edad. Y encontró un grupo por internet, el que le dijo a su tía, que hacía actividades, y por la noche cenaban e iban a bailar y se apuntó.

Unas semanas después, quedó donde cenaban. Era un grupo que no iban todos siempre, pero conoció a unas veinte personas divorciadas, algunos mayores que ella, y se lo pasó estupendamente, luego fueron a bailar a una discoteca. El chico que llevaba el grupo era un cielo y ella se sintió bien con todos.

Y durante la semana, por las noches, tenía un chat, para hablar y participaba y lo pasaba bien.

Llamaba a su tía, y algunos domingos iba a verla a Cádiz.

O se iba con su hijo a la playa.

A final de agosto estaba en la discoteca y fue a la barra a pedir una botellita de agua.

No se lo podía creer, a través del espejo, vio a Javier o veía a un fantasma, él la vio también y la miró bien, no ya al través del espejo. Estaba a su lado.

-¿Martina?

-¿Javier?

-Martina joder… ¿qué haces aquí?

-Vivo aquí, estoy con un grupo de gente en la discoteca.

-¿Vives aquí, desde cuándo?

-Desde mediados de junio, pero en Málaga.

-¿Pero para siempre?

-Sí, me ofrecieron un puesto mejor.

-¿De qué?

-Soy la que organiza un grupo de residencias, a las terapeutas ocupacionales, las actividades, los materiales, la contabilidad, viajo y reviso. Y tú ¿qué haces, de vacaciones?

-Me ofrecieron un puesto mejor aquí en Málaga. Estuve unos años en Galicia.

-O sea que vives aquí también.

-Sí, vendí mi casa ¿y tú?

-Vendí mi piso.

-¿Te compraste uno?

-Sí, me compré uno y lo vendí, ahora tengo uno. Pagado. ¿Y tú?

-Otro también, en el centro.

-Yo casi en el centro.

-Vivimos cerca Martina.

-Bueno, te veo bien, Javier.

-Tú estás guapísima.

-Gracias.

-¿Tuviste al niño?

-Sí, lo tuve, se llama Alex y tiene cinco años.

-¿Puedo verlo?

-¿Para?

-¡Joder Martina, para verlo!

-¡Ahora te va a entrar la paternidad!

-¿No te has casado?

-¿No y tú?

-Tampoco, he cuidado de mi hijo.

-¿Cómo se llama?

-Alex y mis apellidos.

-¡Joder Martina!, lo siento. Quise ir al día siguiente a hablar contigo, aunque no lo creas, pero me llamaron por la noche y tuve que partir a Galicia. He estado cuatro años. Lo siento.

-Deberías sentirlo, se parece a ti, y es un niño precioso.

-¿Tienes el mismo número de teléfono?

-Lo tengo.

-¿Puedo llamarte?

-Si te apetece. Ahora tengo que dejarte.

-Vale te llamaré.

-Hasta luego, Javier.

¡Maldito Javier!, ahora lo tenía cerca de nuevo, ahora que empezaba su vida de nuevo, y estaba más guapo que nunca tendría cuarenta y un años, aparece de nuevo en su vida.

Y ella ya tenía cuarenta y seis. Intentaba conservarse en el gym y la piscina del gym, pero verlo la había puesto muy nerviosa, y saber que vivía allí, le iba a costar, y ahora su hijo qué, ya le había preguntado varias veces por su padre, y ella le dijo que estaba en el extranjero, que era policía secreta, y quería ser lo que era su padre.

Encima no estaba casado y conocía las miradas que le echaba, pero ya no era lo mismo, ella iba a rehacer su vida con todas las consecuencias, no creería que fuese a acostarse con ella y ya está.

Pero qué pensaba, si él no le había dicho nada, si quería ver a su hijo que lo viese. Ya hablarían. De momento no iba a estropearle su única noche que tenía a la semana. Lo malo era que sabía dónde iba porque el grupo iba a esa discoteca todos los sábados.

No le quitó la vista de encima y ella lo notaba el tiempo que estuvo allí. Los abrazos de los compañeros, las risas con las chicas.

Javier la miraba, estaba más guapa que la recordaba y ahora estaba más que arrepentido, nunca había conocido una mujer como ella, ni después de tenerla. Hacer el amor con otras era recordarla a ella, y ninguna la llenaba ni era tan cariñosa como ella, ni lo amó como ella. Y la perdió por tonto y a su hijo. Se había arrepentido miles de veces y ni siquiera la buscó. Ni lo buscó y ahora Martina no lo perdonaría por nada del mundo. Imaginaba como era su hijo y la imaginaba con otro, cualquiera de los que allí estaban y se le revolvían las tripas.

Era como si el tiempo no hubiese pasado.

Desde que ella se alejó de él esperaba que volviese, pero no embarazada. No quería hijos. Tenía un trabajo complicado y peligroso y tenía una buena vida después. No quería llegar a casa a cambiar pañales. Ahora con cuarenta y un años, sí le gustaría tener un hijo. Y lo tenía, y lo tenía con la mejor mujer que había conocido y ni siquiera la había ayudado. Claro que todo fue saber que Martina estaba embarazada y lo enviaron a un trabajo a Galicia durante tres años, que se alargaron otro y medio más.

Y cuando volvía a su casa, estaba cansado y le propusieron ir a Málaga para siempre, había una plaza y en uno o dos años se jubilaba el jefe y podía ocupar su plaza, organizar y dejar la calle.

Y aceptó, vendió su casa, con dolor porque le encantaba, pero Málaga también tenía playa también, aunque prefería un piso si iba a trabajar en el centro. Siempre tenía la costa y podía quedar una noche fuera o volver. Y estar en la playa que tanto le gustaba. Málaga era preciosa también, más grande y su piso con tres dormitorios reformado, y decorado como tenía su casa.

Aún quedaba un año para que el jefe se jubilara.

Esa noche decidió ir a Benalmádena a una discoteca, no era lo suyo demasiado, pero se podía tomar una copa en ella. Y la vio y su vida se tornó de nuevo martina. Si ya no había dejado de pensar en ella ahora que había que estaba allí y cerca de él, menos. La llamaría y sabría todo de su vida. Podría saber dónde estaba solo con su

número de teléfono, sabía cómo, pero no quería ni iba a hacerlo, no le pareció ético con ella.

La vio irse y ni lo miró. Iba con un hombre alto y dos chicas más. Eran las dos de la mañana así que supuso que se iba y él acabó la copa y también se fue.

Cuando Martina llegó a casa, le pagó a la chica y se duchó, se metió en la cama temblando. Eso no le podía estar pasando, la vida no era justa. Ahora que tenía un buen trabajo que le encantaba, que su hijo estaba fenomenal y ya en septiembre entraba al cole, que tenía su casa y su vida hecha aparece de nuevo el hombre que más daño le hizo. Porque ella se enamoró perdidamente de Javier y nunca pensó que él actuara así, y ahora que la veía de nuevo tenía que saber qué quería, no iba a poner de nuevo su vida patas arriba por muy bien que estuviera. Además, cómo había acabado allí. Tanto ella como él eran muy de Cádiz. Bueno le habría pasado como a ella, le habrían ofrecido un puesto de trabajo.

Se estaba calmando cuando recibió un wasap…

-¡Buenas noches, Martina! ¡Que descanses! ¿Quedamos mañana por la mañana?

-¿Para qué?- contesto ella escueta.

-Me presentas a Alex y si sales con él, voy.

-Los domingos vamos a la playa, aquí cerca.

-¿Quieres que desayunemos antes de ir?

-¡Está bien!

-¿A las diez?

-A las diez -y le dio la dirección de su casa.

-Abajo hay una buena cafetería.

-Allí estaré. Gracias Martina.

-De nada.

Javier se durmió con una sonrisa, al menos había dado el primer paso y lo había conseguido. Martina era buena persona, además de estar buena para él siempre.

Si embargo, Martina tuvo que levantarse a tomar una tila para calmarse.

Cuando su hijo se levantó a las nueve, se tumbó en su cama.

-Mama, mamá vamos.

-Ummm…, bicho déjame.

-Que no mamá, que nos vamos a la playa.

-¿Has preparado tu mochila? Sí, tengo el bañador puesto.

-Vamos a ir con una persona -Lo cogió y lo besó acurrucándolo a su lado.

-¿Con quién?

-Con tu padre.

-¿Con mi papá?, en serio…

-En serio.

-¿El de la foto, que me enseñaste?

-Ese mismo, ya tienes seis años más, pero anoche lo vi, ha vuelto. ¿Y sabes qué? Qué lo han trasladado a Málaga como yo. Y creo que vive cerca.

-Nunca he hablado con él, mamá.

-Ni yo desde que me quedé embarazada. Tuvo que irse a una misión secreta. No podía, lo hubieran matado. Quizá, aunque tu padre es muy bueno en su trabajo.

-Pues venga, levántate.

-Si solo tenemos que hacer la cama.

-Tengo el bolso preparado.

-Y hacer las camas.

-Vamos a desayunar a las diez, ven un ratito con mami. Que te abrace.

-¡Qué pesada eres!

-Te voy a dar en ese culillo bicho… di que me quieres.

-Te quiero mamá.

-Y yo a ti pequeño ¿Quieres conocerlo?

-Sí, y vivirá con nosotros.

-De momento no, cielo, no nos casamos.

-¿No?

-No, tuvo que irse. Y nos enfadamos.

-Ahora ya no.

-Espero que no. Venga, hacemos las camas, me pongo el bikini y nos vamos.

-Venga. Tengo ganas de verlo, mami date prisa.

-¡Qué niño este!

Cuando llegaron a la cafetería Javier miró al niño y a ella. Se emociono, era cierto que era igual a él. Y tenía que encontrar el modo…

-¡Hola Javier! -y se dieron dos besos cuando él se levantó.

-Mira Alex. Es tu padre, Javier. Anda dale un beso.

Pero Javier lo cogió en alto y lo abrazó emocionado.

Luego lo besó.

-¡Qué alto estás!

-¿Voy a ser como tú de alto papá?

-Seguro—dijo Javier oyendo que le llamaban papá por primera vez.

-Has estado lejos, mamá dice que eres poli y que estabas lejos.

-Sí que he estado lejos-y lo bajó al suelo y lo sentó al lado suyo y de Martina que miraba el cuadro y no se lo creía.

-¿Qué tal anoche?- le dijo a Martina.

-Muy bien- y ella no estaba dispuesta a dar más explicaciones.

-¿Qué pedimos?- le dijo a Alex.

-Cola cao y tostadas.

-Bien -y pidieron el desayuno. El niño no paraba de charlotear y preguntarle cosas a su padre. Javier le contestaba y se reía con él y Martina desayunaba en silencio.

-¿Sabes nadar Alex?

-No, un poco, por la orilla.

-¡Ah, muy bien!

-Mamá no me deja irme lejos de la orilla.

-Papá te enseñará a nadar.

Y ella lo miró. Y él levantó la vista y las cejas.

Terminaron de comer y él pagó y se fueron.

-Vamos andando, solo hay diez minutos.

-Vale, de todas formas, tengo el coche cerca. Vivo dos calles más arriba.

-Sí, dijo el pequeño nosotros ahí enfrente.

-¡Ah qué bien!, ¡qué cerquita!

-¿Puedes venir a ver mi dormitorio, papá?

-Lo que diga tu mamá.

-Mamá, ¿puede ver mis juguetes?

-Sí, si quieres, luego cuando volvamos.

-¿Nos tomamos una tapa papá?

-¡Ah estupendo! Venga vamos… a mi hijo le gustan las tapas, espero que no la pidas con cerveza.

-Papá, yo no bebo cerveza, es para mayores- y se reía.

-Tu padre es un payaso.

-No le hagas caso a tu madre. Soy divertido- le decía de broma. Y se reían ambos.

-Sí, id cuchicheando los dos y reíos de mí.

-Mamá no nos reímos de ti, papá es muy gracioso.

-Siempre lo ha sido- y Javier la miro como diciendo, deja que el chico se divierta.

-Y ella resopló. Su hijo lo estaba pasando bien y era lo único importante. Y sabía que necesitaba un referente masculino. Y ahora quién mejor que su propio padre…

Tendría que aguantarse. A veces le daba rabia y quería darle y otras se lo comería. Porque el maldito seguía estando bueno.

¡Que dios la perdonara! Porque iba a ser débil y lo iba a perdonar.

CAPÍTULO VII

La mañana la pasaron en la playa en un día estupendo. Javier se empeñó en coger hamacas con sombrilla para estar más cómodos en la sombra, y el pequeño no lo dejaba, hicieron un castillo de arena, se bañaron en la playa, mientras, ella dio un paseo y leía un libro.

-¿No te bañas, mujer?- le dijo Javier.

-Sí, ahora.

-Vamos a por tu madre, corre.

Y salieron los dos corriendo.

-¡Ay no, Javier! Te enteras, ¿eh?

-Deja el libro, al agua…

-Venga mamá.

Y él la cogió en brazos, se metió en el agua y la tiró con las risas de fondo del pequeño.

-Os voy a matar- y ellos se reían.

Estuvo nadando un rato con Javier al lado y el pequeño en la orilla. Ella no le quitaba ojo de encima.

-No le va a pasar nada, mujer.

-No me quedo tranquila.

-Vamos, -dijo al cabo de un rato.

-Este niño tiene energía, estoy muerto. Me encanta, Martina. Es tan parlanchín, me ha contado toda su vida.

-Es precioso, es mi pequeño.

Se secaron y se tumbaron en las hamacas, el pequeño también y se quedó un rato dormido a la sombra.

-Te pagaré la manutención de estos años, Martina.

-¿Estás loco?, son cinco años, te quedarás sin un euro.

-Para nada, he ganado muy bien en Galicia.

-¿Has estado en Galicia de verdad?

-Cuatro años.

-¿En serio?

-Sí, cuando viniste embarazada, me enviaron allí, en secreto. Una orden, en todo caso, no podía haberos cuidado como quería. Me llamaron el mismo día que viniste y aunque no me creas, tenía intención de ir a verte y hablar al día siguiente.

-¿Peligroso?

-Narcos.

-¿Y ahora cómo te has cambiado a Málaga?

-Hace un año que llevo aquí. Después de venir de Galicia, me propusieron ser el jefe aquí. El que hay, se jubila el año que viene y aquí estoy esperando. Ya no saldré a la calle y organizaré.

-¿Serás jefe tan pronto?

-Sí, menos peligroso, me gusta organizar también y Galicia ha sido intenso. Necesito un descanso.

-Si llevas ya un año.

-Sí, pero la calle me cansa ya.

-Bueno, ¿y te compraste un piso?

-Sí.

-¿Echarás de menos la casa?

-Te echo de menos a ti.

-Sí, seguro, tengo el buzón lleno de tus mensajes.

-No seas irónica Martina. No podía, ¿sabes? nadie sabía dónde podía estar.

-¡Está bien!

-Pero que sepas que he tenido relaciones sí, pero siempre pensaba en ti. Creía que mi vida iba a ser más libre y siempre he estado atado a tu piel, a tu olor. Hacía lo que hacía pensando en ti.

-No quiero saber eso.

-Pues ya lo sabes y es cierto.

-¿Y en ese año no me has buscado?

-No, eso es cierto, pensé que podías estar con otro, casada de nuevo y eso me aterraba.

-¿Y el pequeño?

-He cambiado, me gusta. Y es mío.

-¡Ay, Javier! siempre has sido un loco y me has arrastrado, pero tengo una vida tranquila, salgo, soy feliz. ¿Qué quieres ahora?…

-Quiero hacer lo que debí hacer hace seis años.

-¿No pudiste?

- No pude, ya te lo he dicho. Por eso quiero hacerlo ahora.

-¿No me vas a dar dinero?

-Pagaré los gastos a partir de ahora.

-Ya hablaremos de eso.

-¿Y tú?

-¿Y yo qué?

-Quiero que volvamos a empezar, pero nada de tus normas- le dijo Javier.

-No me acuerdo de ellas y ya no es lo mismo.

-Desde luego que no, no somos críos. Y tenemos un hijo.

-¡Que gracia me haces Javier! Que te acuerdes de él ahora.

-Me he acordado más de ti, lo reconozco, pero incluso aunque hubiese querido, no he podido ponerme en contacto.

-Un año sí.

-Ya te lo he explicado, ¿no puedes bajar la guardia? Quiero hacer bien las cosas.

-¡Está bien!, no hablaremos más de echarnos cosas en cara. ¿Qué quieres hacer?

-Quiero verlo todos los días siempre que pueda, vivo cerca.

-Salimos a las seis.

-¿Dónde se queda mientras?

-Hay guardería en el trabajo.

-¿En serio?

-Sí, cuando entre al cole, lo regojo en mi hora de comida, o al menos lo intentaré si no

estoy viajando.

-Puedo recogerlo yo.

-¡Está bien!, si no podemos, que lo coja Rosa, ella se encarga de mi casa y quedarse con él los fines de semana o su prima Mati.

-Vale, necesitaré los teléfonos.

-Te los daré y se lo diré a ellas.

-Así que no hay nada.

-¿Y dónde come?

-Va a comer en mi trabajo, hay comedor para ellos. Solo son 100 euros, más barato que el cole y es buena la comida. Incluso puede echar una siesta. Luego merienda en casa, estamos al lado y cenamos sobre las nueve. O nueve y media.

-¿Y los sábados?

-Pues vamos de compras o al cine o a pasear y el domingo a la playa. A veces vamos a Cádiz.

-¿Tu tía vive aún?

-Claro, aún no se ha jubilado.

-Bueno, yo salgo sobre las cinco si no tenemos nada. Si quieres puedo recogerlo y merendamos antes.

-Tiene que hacer deberes.

-Pues que los haga en mi casa, luego te lo llevo.

-Tiene todas sus cosas en la nuestra.

-Dale una llave.

-Es pequeño, la puede perder.

-Yo la llevo mujer.

-Me parece bien. Así tiene una hora más algunos días.

-Y prefiero pagarte 300 al mes.

-Javier…

-Es lo que más o menos me pediría un juez, ¿no quieres que te pague nada?

-Si insistes… No tengo ganas de discutir.

-Y si salimos pago yo.

-Me vendrá bien ahorrar, si te empeñas…

-Te envío un bizum los días uno.

-Como quieras. No quiero discutir más.

-¿Cuándo entra al cole?

-El doce de septiembre, en un par de semanas.

-¿Has comprado los materiales y libros?

-Tienen que darme la lista y hay que ir a la reunión el primer día.

-Iré.

Hubo un paréntesis silencioso.

-Martina…

-Dime.

-Quiero que tenga mis apellidos, si te parece bien, puedo hacerlo antes de que empiece, tienes que darme permiso, firmar y lo registro.

-¿Quieres?

-Claro que quiero.

-¡Está bien!, hazlo, así entra en el cole con apellidos nuevos.

-Iré al colegio a decirlo mañana.

-Gracias. Yo me encargo.

-¿Algo más?

-No, vamos a bañarnos.

-Alex está dormido.

-Por eso, antes de ir a comer.

Se levantó y tiró de ella.

-¡Ay, Javier!

-Vamos ¿a qué vienes a la playa?

-A descansar.

-¿Y eso haces?

Y se la llevó el agua, la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo que se ponía duro. Y la abrazó para sentir sus pechos.

-Javier…

-¡Ay, mujer!, te deseo.

-Estás un poco loco ¿lo sabes?

-Siempre lo estuve por ti- y la tiró al agua riendo y se fue a su lado.

-Te voy a matar. Mira al niño.

-Está dormido. ¿Has tenido alguna pareja?

-No, no he tenido a nadie. Empezaba a salir hace un mes apenas.

-¿Y no te gusta nadie del grupo?

-No, en ese sentido, solo son amigos.

-¿Sexo tampoco Martina?

-No, -dijo irritada.

-No te irrites mujer. Solo preguntaba.

-Ya lo has hecho tú bastante por mí.

-No te creas que tanto, este último año sí, el resto no podía demasiado.

-¿Cuánto hace que no tienes sexo?

-Dos meses.

-¿Dos meses sin tener tú sexo?

-Pues sí, ya no soy adolescente.

-¡Qué pena!

-¡Qué mala eres! Me juego la vida, Martina.

-Es verdad, perdona.

-Ven aquí anda -y la atrajo de nuevo y la besó sujetándole el pelo. Y llevó la mano de ella entre sus cuerpos para que lo tocara.

-Javier, hay gente.

-No se nota estamos bajo el agua menos la cabeza.

-No puedo contigo.

Y él la toco a ella y dio un respingo y gimió.

-Ummm… me encantas, como siempre.

-Me voy con el niño.

-Tardaré un poco a que esto se baje, porque entonces sí se va a notar- decía riendo.

-¡Qué tonto eres!… y lo vio reírse.

-¡Dios la había tocado y lo necesitaba!, o quizá necesita sexo, y se iba a olvidar de lo que le dijo.

O lo olvidaba y hacía a su hijo feliz, que estaba loco con Javier o le daba algo y se rendía a ese hombre que siempre la puso.

Llamó a su tía mientras veía como Javier se iba lejos nadando.

Y se lo contó todo.

-Pero hija, Martina…

-Tía, me da rabia.

-Pero siempre te gustó, baja la guardia y sé feliz, olvida todo y si ha estado donde ha estado… Él mismo te ha dicho que nada será igual o sea que no va de broma.

-Tía… ¡ay!…

-No seas tonta y llévatelo a la cama, lo necesitas, o ¿prefieres acostarte con otro?

-No.

-Entonces, es tu hombre, ¿quieres que busque a otra?

-No quiero.

-No quieres ni morirte ni pasarlo mal. Ya sabes qué opino. Haz feliz a tu hijo, a ti, a él y déjalo a ver qué planes tiene.

-Está bien, te haré caso, pero hace tanto tiempo…

-Es como montar en bici…- se reía la tía.

-Nunca tuve bici.

-Pues pedalea.

-Tía…

-Adiós, me voy con tu tío a comer por ahí.

-Te quiero…

-Y yo, y deja rencores, empieza de nuevo.

-¡Está bien! Lo haré.

Y dejó el teléfono porque ya venía Javier a secarse.

-¿Con quién hablabas?

-Con mi tía, la llamo los domingos.

-¿No me estarás poniendo los cuernos?- bromeó.

-Si tuviésemos algo podría ser, pero era mi tía y no tenemos nada.

-Eso es cuestión de muy poco tiempo nena.

Al rato se despertó el chico y se fueron a comer unas tapas y a casa.

-¿Me invitas a un café?

-Sube anda.

-Papá. Te voy a enseñar mi cuarto y mis juguetes.

-Tendría que ir a bañarme a casa antes, estoy lleno de arena.

-¿Y te vienes?

-Me vengo si tu madre me invita a un café.

-Di que sí, mamá.

-Vale.

-Tardo media hora o así.

-Venga, nosotros nos bañamos también.

-Vale.

Y se bañaron y ella recogió la ropa y la arena que habían dejado en el suelo, la barrió.

Y en cuarenta minutos estaba allí Javier.

-¡Ven papá! -Y le enseñó todo el piso, sus juguetes, los libros que leía, los deberes de la guarde, su ropa. Y la habitación de su madre, el despacho. Martina tenía gusto para la decoración.

Su piso era similar, solo que tenía una habitación de invitados, que iba a cambiar para su hijo parecida a la que tenía, por si se quedaba alguna noche con él o cuando fuese a su casa tener su espacio.

Cuando terminaron, de dar una buena vuelta…

-Deja un rato a tu padre Alex, vamos a tomar café ¿quieres cola cao?

-Sí, ¿hay tarta?

-Sí, tengo. Tu hijo es un goloso.

-Bueno como su padre, necesitamos energía -y la miró de un modo que sabía a qué energía se refería.

El chico tras la merienda se fue a jugar y ellos se quedaron en el sofá.

-¿Quieres ver el fútbol?

-No, -se levantó y se sentó tan cerca de ella que ocupaba su espacio -Quiero que hablemos.

-Te has puesto muy cerca.

-No tanto como me gustaría. Ven y estuvo besándola un rato y metió la mano entre sus pechos y pellizcaba sus pezones y ella gemía en su oído.

-Estate quieto que va a salir el pequeño.

-Está jugando.

Y después metió la mano entre el vestidillo playero que llevaba y apartó el tanga.

-¡Estás mojada!, como me gusta.

-Javier, esto no está bien.

-Está perfecto, diría yo, y movió sus dedos y ella se aferró a él y se besaban y sintió su orgasmo impredecible, quedarse en las manos de Javier.

-¡Ah, dios!

-Sí ah, dios…me encanta mirarte cuando lo tienes. Estás preciosa. Lástima que yo no pueda. Aún. Anda échate un rato en mis piernas.

Y echó su cabeza entre las piernas de Javier y él la cogió sujetando sus pechos, se puso tras ella al final y se fueron quedando dormidos.

El niño salió un par de veces al salón y los vio abrazados y dormidos y se reía. Y volvía a meterse a jugar o ver la tele.

Se despertaron casi a la hora de la cena.

-¡Menuda siesta! -dijo Javier.

-Ah sí, voy a hacer la comida y la cena.

-Podemos pedir, -dijo Javier.

-Tengo que llevarme para mañana, pero será algo rápido.

-¿Me invitas a cenar?

-Ensalada y tortilla de patatas.

-Me encanta.

-Y voy a hacer una grande, para llevarme mañana.

-Te ayudo.

-No, ve a jugar con Alex, ha estado mucho tiempo solo.

-Vuelvo.

Se puso tras ella en la cocina y la abrazo, tocó sus pechos y le besó el cuello.

-¡Estate quieto!

-Ummm, me encanta tu olor. Me voy que si no…

Y Martina terminó la cena en una hora. Cenaron y el chico se fue a la cama. Su padre lo acostó y le leyó un cuento y se quedó dormido.

-Se ha quedado frito, dijo saliendo al salón, ¿quieres café?

-No, por la noche no tomo.

-Yo tampoco.

-¿No te vas?

-Sí me voy a ir, cuando te deje satisfecha.

-Ya lo hiciste en la playa.

-Ven aquí tonta. -Y le quitó el vestido. El tanga y el sujetador.

Y él también se desnudó y se la llevó a la cama.

-Javier.

-Shhh -y se puso un preservativo, la besó y mordió sus pezones como a ella le gustaba.

Y ella le urgía a penetrarla, hacía tanto que no sentía en su interior … y él la penetró despacio y lento y ella no quería así. Lo necesitaba.

-Para loca.

-¡Ah, Dios! es que…

-Lo sé, déjame a mí.

Y el avivó el ritmo cada vez más hasta que ella lo enlazó con sus piernas y ´le por las caderas y se corrió en ella como un loco.

-¡Joder Martina!…

-¡Ah, dios!, dios mío, Javier, no eres bueno para mi vida.

-Para tu cuerpo, sí,

-Sí.

-¡Tonta!…

-Fue al baño y volvió con ella.

-Tendría que irme. Pero el fin de semana, me vengo desde el viernes.

-No te he invitado.

-No lo necesito, pero a ti sí, y mordió sus pezones.

-¡Ay, Javier!…

-Me voy o no acabo.

-Vete que es tarde y mañana madrugamos.

-Yo más, a las seis en pie. Bueno guapa. Mañana te llamo por si lo recojo.

-¡Está bien! -Y la abrazó y fueron desnudos al salón, él se vistió y la besó y se fue.

-Cierra bien.

-Siempre cierro bien.

-¡Hasta mañana!

-¡Hasta mañana!

CAPÍTULO VIII

Los días siguieron apacibles y serenos. Ellos habían llegado a un acuerdo con el pequeño y a volver a tener relaciones.

Hasta que el pequeño entró al colegio y fueron a la reunión.

Él pidió el día libre para comprarle los materiales y ella tenía que trabajar.

Le había puesto en su casa un dormitorio como el que tenía en casa de Martina.

A veces se quedaban los fines de semana en una casa o en otra.

Ella dudaba y siempre estaba insegura de que la dejara de nuevo, pero disfrutaba del sexo con él, en eso no había problemas nunca. Iban a Cádiz y pasaron juntos la Navidad.

-¿Qué te pasa nena?

-No sé Javier, temo siempre que te vayas.

-No seas tonta. Han pasado ya casi cuatro meses y no me he ido. También puedes dejarme tú, y sufro.

-Te he perdonado.

-Porque eres una mujer especial. Y cuando pase un año, en verano deberíamos pensar vivir juntos. Para qué queremos dos casas…

-Me gusta mi piso. Si luego se acaba esta relación…

-¿No quieres casarte?- le dijo Javier y ella lo miró anonadada.

-¿Otra vez?

-Por la iglesia esta vez.

-Javier… ¿sabes la edad que tenemos?

-Nunca me importó la edad contigo, y sí, quiero casarme contigo y que el niño vea una familia unida.

-¿Es que Alex te ha dicho algo?

-Pues sí, me ha dicho que sus amigos del cole viven juntos, que nosotros por qué no. Pero…si nos casamos no hay problema.

-¿Y a qué casa nos iríamos a vivir?

-Podemos ver una de cuatro dormitorios o en cualquiera de las dos. La mía está mejor situada, Martina y tiene 140 metros cuadrados, la tuya 90.

-Pero es bonita.

-Puedes poner esta tan bonita como quieras.

-Pero si es nueva…

-Y tiene un despacho enorme, en el que cabemos los dos. Los dormitorios son grandes, tiene un aseo y Alex tiene su propio baño, en tu casa no.

-Eso es cierto.

-Si quieres cambiar algo, algún color...

-Para eso tenemos que ponerla a nombre de ambos y darte la parte que te costó.

-No hace falta Martina.

-Sí, claro que sí.

-Pero mujer si nos vamos a casar y tenemos un hijo, juntamos el dinero.

-¿Quieres eso?

-Sí, a mí no me importa el dinero.

-Seguro que es porque ganas más.

-¿Y qué? tú has pagado y criado a nuestro hijo durante años.

-¡Está bien!, juntamos el dinero y ponemos algo de ahorro.

-¡Qué mujer ahorrativa! Empiezo los trámites después de la Navidad.

-Antes de casarnos.

-¿Quieres casarte en febrero, el catorce?

-El día de los enamorados…

-Me gustaría, pero ¿no es pronto?

-¿Pronto?, nuestro hijo tiene ya seis años.

-Vale, sí estoy de acuerdo loco.

-¿Sabes Martina?

-¿Qué?

-Qué te quiero, nena.

-¿Me quieres?

-Sí, te amo, siempre has sido el amor de mi vida.

-¿Estás loco?

-¿Me quieres?

-Claro que te quiero bobo.

-¿Soy el amor de tu vida?

-Siempre lo fuiste.

-¡Joder!, ¿y el pequeño?

-Jugando.

-Habrá que esperar.

-Sí, hay que poner los regalos en el árbol.

-Voy a decirle que se acueste- dijo Javier.

Y cuando colocaron los regalos, él se la llevó a la cama.

-Dime que soy el amor de tu vida ahora.

-Eres el amor de mi vida ahora.

-Demuéstramelo.

Y ella bajó a su sexo.

-No, Martina no pretendía…

-Bueno, luego me dices de qué forma.

Pero ella lo lamía y chupaba y lo movía con sus manos de viento hasta que él mojado y hambriento saltaba cálido y blanco.

Y cuando descansaba en toda su grandeza, se la echaba arriba y la penetraba rozando sus sexos y mordiendo sus pezones, sujetando sus caderas, gimiendo y acababan mojados y satisfechos de nuevo.

Las noches de los fines de semana eran inacabables de sexo, durante la semana menos, porque dormían en casas separadas la mayoría de los días.

Pero ella decidió que era lo mejor para todos cambiarse a casa de Javier y vivir juntos, y lo amaba tanto…

Al día siguiente recibió un anillo de compromiso.

-Nunca esperaba que fueras tan romántico.

-Contigo siempre lo soy, nena.

-Te quiero, te quiero, -y lo abrazaba.

-Para loca.

-¡Mira mamá que me han traído los reyes!

-¡Ala!, ¡qué bonito!

-Un videojuego también.

-Pero solo una hora al día.

-Bueno.

-Papá te enseñará.

-Y ropa. ¡Qué chula!

Ella le regaló a él un reloj precioso y ropa y él, el anillo y ropa interior.

-¿Cómo eres?

-Es un regalo para ti y para mí también.

Y él le abrió la cajita del anillo y se puso de rodillas y se lo colocó en el dedo.

-¿Te casaras conmigo, nena?

-Sí, me casaré.

-¡Ala!, ¿Os vais a casar?

-Sí cariño, ¿quieres?

-Sí.

-Y vamos a vivir juntos, en casa de papá.

-¿No quieres cielo que miremos otras casas?- le dio Javier.

-No, no vamos a tener más hijos. Tengo ya una edad.

-Sí con Alex tenemos.

-Entonces ¿preparamos una boda?

-Sí -Dijo el chico.

Y así, pasando los Reyes, por las tardes, él hizo hueco en su casa y se llevó los muebles necesarios y la ropa que ella iba apartando cuando podía, de su casa, porque salía más tarde.

Hasta que dejaron la casa vacía. Vendieron los muebles y sacaron un dinero para la boda.

La pusieron en venta. Por la noche se ponían a preparar todo de la boda. Hasta tenerlo todo listo y enviaron las invitaciones, la iglesia, el hotel donde iban a celebrar el cáterin. Y tenían dos semanas de vacaciones en el trabajo por la boda y sacaron un billete a Euro

Disney una semana, volvieron a Málaga y dejaron al niño con Rosa otra semana y se fueron a Miami y un crucero por el Caribe qué el encontró y viajaron a Jamaica, a Colombia… Durante otra semana.

El día de la boda, estaba supernerviosa. Tenían unos cien invitados entre amigos gente del trabajo, su tía y familia de Javier.

Estaba preciosa, nunca se había casado por la iglesia, y todo fue maravilloso.

Un día especial para los dos, que se quedaron después de baile en el hotel.

Por supuesto invitó a su hija, pero no acudió ni se la esperaba. Habían cruzado en esos años los saludos necesarios en los que Martina seguía insistente cada semana. A veces, no estaba, pero Martina sabía que no quería ponerse. Y eso le dolía. Después de casi ocho años sin verla. Nunca quiso verla ni conocer a su hermano Alex. Y Fran le decía que no insistiera.

Fran tenía dos hijos de cinco años uno y otro de cuatro, con su nueva esposa, una abogada de familia que tenía en su bufete. Y por supuesto era del agrado de su familia y de su hija, posiblemente.

Dos días después salieron para Euro Disney y el chico se lo pasó genial.

Y luego se fueron a Miami y al crucero. Fue un sueño. Javier era un sueño y Martina para él un sueño. Desde siempre.

Quería que fuese suya, y ahora lo era. Y no necesitaba a nadie. Tampoco nunca desde que la conoció necesitó a nadie más…

Su hijo era un niño bueno y educado, gracioso y divertido, parlanchín y le preguntaba lo que no sabía de deberes. Era organizado y ordenado, como él.

Y la vida era maravillosa para todos. Sus trabajos y en verano se fueron a Cádiz de vacaciones. Y a Andalucía. Más de relax que lo necesitaban del año ajetreado que habían tenido.

En septiembre el jefe de Javier se jubiló y él fue nombrado como le prometieron, jefe. Y aunque tenía más trabajo de despacho, poco cambió entre ellos, salvo que él ganaba mucho más, y estaba contento y ella más, de que no saliera a la calle. Y se expusiera al peligro…

Así transcurría la vida feliz, nunca fue tan feliz como ahora con Javier y ya se lo merecía.

Después de pasar las vacaciones tranquilas en una playa de Cádiz, ver a sus familias, volvieron a casa.

A primeros de septiembre, nunca olvidaría Martina quién llamó a su puerta temprano. Era sábado y Javier había ido a por la compra con Alex, que había cumplido ya siete años.

Cuando miró por la mirilla se quedó blanca. Y abrió la puerta.

-¡Hola Fran!, ¿cómo sabes dónde vivo?

-Pregunté a tu tía.

-Vaya, la has necesitado para encontrarme.

-Sí y tenemos que hablar.

-Pasa, mi marido y mi hijo han ido a hacer la compra.

-Nos casamos ambos de nuevo. Tú por lo visto hace poco.

-Pues sí, espero que te vaya bien, tienes dos hijos.

-Tres con Rocío y tú, dos.

-Casi una. Te has encargado de que no la tuviese. ¿Qué tal le va? ¿Quieres un café?

-Me vendría bien, podemos salir a desayunar. Es importante lo que tengo que decirte.

-¿De Rocío?

-Sí.

-Vale, dejaré una nota. Debe ser importante para que vengas a Málaga.

-Lo es.

-Bien, deja que coja mi bolso, y vamos a una cafetería que hay cerca.

Y ella lo vio guapo y elegante como siempre había sido, no menos estaba ella pensó Fran.

Había cambiado mucho y se había convertido en una mujer guapa y con modales. Aunque siempre los había tenido. Pero…

Cuando llegaron a la cafetería se sentaron y pidieron el desayuno.

-Te veo bien Martina.

-Gracias, no menos que tú, pero no has venido a hablar de mí, sino de ti. ¿Qué le pasa a Rocío?

-Como sabes, es abogada.

-Sí, lo sé por ti, no por ella que no quiere hablarme.

-El caso es que tiene una hija.

-¿Cómo?

-Que se quedó embarazada habiendo la carrera. Le ayudamos a terminarla y cuidar de la niña, que también se llama Rocío, como ella.

-¿Se ha casado?

-No, nunca quiso decirnos quien es el padre, suponemos mi mujer y yo que está casado.

-Bueno ¿y qué tiene eso que ver conmigo?

-Se ha enamorado de un alemán y se va a Alemania.

-¿Y?

-No le ha dicho que tiene una hija.

-¿Y eso?

-Cosas de tu hija.

-Bueno ahora tenéis tres que cuidar.

-Ese es el problema. La niña, tiene seis años.

-Seis años, la edad de mi hijo Alex.

-Sí, nunca quiso que te lo dijera.

-Y se llama como ella.

-Se llama Rocío, sí, como ella.

-Mira, ahí las tienes – enseñándole unas fotos -Nunca la quiso, Martina.

-Será cosa de familia el no querer a la gente.

-Vamos Martina, esto es serio.

-Sí que lo es. Lo que no sé es qué pinto yo en todo esto.

-Queremos que adoptes a la niña.

-¿Cómo?

-Que sea tuya.

-¿Estáis locos? Nunca me habéis querido, nunca habéis hecho nada por mí. Me fui con una mano delante y otra detrás, pusiste a mi hija en contra, no me ha hablado salvo diez palabras en años y ahora ¿pretendes que me haga cargo de su hija?

-Ella lo quiere.

-¿Ella?

-Ella y nosotros.

-A ver si me entero, no queréis a la niña, ella tampoco y te dice que me la entregues.

-Algo así Martina, tú tiene un hijo solamente. Es mejor que llevarla a los Servicios Sociales.

-Capaces seríais- y se quedó callado.

-Mi mujer ni puede ni quiere.

-Es tu nieta, por Dios. ¿Y dónde está Rocío?

-En Alemania. Me ha dejado todos los documentos para que sea tuya, y yo me he encargado de ellos.

-No he dicho que sí.

-Es tu nieta también Martina.

-Y la tuya. Y puede ir a la clase de tu hijo.

-Dios mío, ha dejado a su hija.

-No podemos Martina.

-Tienes dinero.

-Ese no es el problema, tenemos ya dos hijos y…

-Y tu mujer no la quiere.

-Tenemos mucho trabajo y tres hijos no…

-¿Y por qué ni me ha llamado Rocío?

-Por vergüenza. Va a casarse y vamos a Alemania.

-¿Y la niña dónde está?

-La tiene una chica, aquí, en el coche.

-¿Aquí?

-Sí.

-¿Pensabas que iba a aceptar?

-Eres buena persona Martina, siempre lo fuiste.

-¡Qué casualidad que te dieras cuenta tarde!

-Vamos. Sé que he sido injusto contigo, pero te compensaremos económicamente.

-¿Sí?

-Para la niña.

Martina no se podía creer lo que le estaba pasando, era surrealista.

-Tengo dinero para alimentar a mi nieta.

-Te lo daré de todas formas.

-Muy bien, no creas que no me lo debes si acepto. Yo no dejo a los míos en la calle.

-¿Y tu marido?

-Mi marido aceptará. Seguro, el problema es que tendremos que comprar otra casa.

-Por eso voy a compensarte.

-¿Me vas a comprar un piso?

-Te voy a dar medio millón de euros.

-¿Que me vas a dar qué?

-Medio millón de euros para la casa y para Rocío.

-¿Lo sabe tu mujer?

-El dinero nunca ha sido nuestro problema y lo sabes.

-¿Y tus padres?

-Son mayores, no pueden hacerse cargo de una niña de seis años. Mi padre tiene Alzheimer.

-Lo siento.

-Gracias.

-¡Está bien!, ¿y esos documentos?

-Aquí están, si firmas, los registro y te los envío por correo.

-Te doy el cheque y el resto es tuyo.

-¿Y ella sabe dónde viene?

-Con su abuela.

-¿Y te vas ya así?

-Sí, tengo que trabajar. Tengo un caso el lunes.

-Dame esos papeles y mi cheque, la niña y paga la cuenta.

-Gracias Martina.

-Y dile a mi hija que no me llame jamás, que ya no es mi hija ni yo soy nada suyo.

-Lo esperaba.

-Mejor. Porque ya la perdí hace años.

-Voy a pagar.

Pagó, una vez ella firmó un montón de documentos y se quedó con algunas copias.

-Te mandaré todo el lunes.

-¡Está bien!

-El cheque. Toma. Vamos a por la niña.

Y en la puerta de la casa, ella vio salir del coche de Fran a una chica joven y a una niña preciosa, morena de ojos verdes.

Y Fran sacó una maleta del maletero y un bolso.

-Esto es todo.

-Rocío, mira es tu abuela Martina, ahora vas a vivir con ella y con tu hermanito -Y Martina lo miró para matarlo.

-Lo siento, Martina.

-Dale un beso a Berta y al abuelito que nos vamos.

Y Martina le dijo:

-Ven Rocío con la abuela, cariño, vamos a casa.

-¿Eres mi abuelita?

-Sí, ahora vas a vivir conmigo, te gustará. Tienes un hermano Alex de tu edad e irás al cole con él.

-Tengo un hermano aquí.

-Sí, ven cariño.

Y ella miró hacia atrás como Fran desaparecía de su vida por segunda vez y esperaba que para siempre. Y su hija. Su hija estaría vetada en su casa.

¿Cómo era posible que ninguno tuviese corazón y fuesen capaces de si ella no hubiese existido, llevar a la niña a los Servicios Sociales? Era una preciosidad. Y su hija, aunque fuese su hija, debía reconocer que era mala persona. Primero en no reconocer a su hija y luego no quererla.

También Fran, tenía pocos pantalones para no enfrentarse a su mujer y quedarse con su nieta. Era una barbaridad.

Nunca esperaba que fueran así todos, no se salvaba ni uno. Pero si la niña era una preciosidad. Ella la cuidaría como a su propia hija. El tema era contárselo a Javier.

CAPÍTULO IX

Martina metió la maleta en la habitación de Alex y el bolso. Y le dio de desayunar.

La niña era tan parlanchina como Alex y no se sintió mal en la casa.

Marina le contaba cosas y que iba a apuntarla en el cole con su hermano Alex. En realidad, su tío, pero serían hermanos. Eran pequeños y no se acordarían de nada de mayores. Y si había que decirles la verdad, se la dirían caso de ser necesario.

Cuando Javier y Alex entraron en la casa, Javier se quedó de piedra.

-¿Y esta niña?

-De la vecina. Ahora te cuento. Alex ve a jugar con Rocío al cuarto.

-Vale…

Y se la llevó a su cuarto de la mano.

-Siéntate, no sabes la visita que he tenido.

Y le contó todo.

-¿En serio?

-Con toda la cara ambos. Siento no habértelo preguntado cielo, es mi nieta. Y se iba o la llevaban a los Servicios Sociales.

-Vamos tontilla, ahora tenemos dos. No te preocupes, no irá a la calle ni a ningún lado.

-Sí, eres un hombre tan especial. Por eso te quiero tanto.

-Es bonita.

-Sí, es preciosa y se ha sentido bien.

-Tenemos dos niños, pequeña, de la misma edad. Menos mal que gano más, lo malo es dónde va a dormir.

-Toma- y ella le dio el cheque.

-¿Eso qué es?

-Un cheque.

-¿Medio millón de euros?

-Eso es.

-Pero… ¿lo has cogido?

-Es mío, me lo merezco.

-¿Estás loca?

-No, vamos a comprar un piso grande y vender este. El lunes recibiré los documentos de Rocío y la meteremos en el cole y la guardería. Está en el mismo curso que Alex.

-¡Dios qué locura!

-Sí, pero de cinco dormitorios.

-¿De cinco?

-Eso es, uno para cuando vengan tus padres o mis tíos.

-A ver dónde encontramos eso.

-No nos costará tanto si vendemos este.

-¡Joder, nena!

-Sí, pero tenemos dos.

-De la misma edad. Eso es lo bueno, estarán unidos y jugando cuando…

-¡Qué loca estás!…

-Pues dormirá con Alex mientras encontramos piso.

-¿Voy a la inmobiliaria?

-Vamos todos y comemos fuera.

-Venga.

Y se fueron y estuvieron viendo por la zona uno de 300 metros cuadrados, de lujo tenía 5 dormitorios con baños, cuartito de colada y un gran salón abierto a la cocina

A ella le encantó, y a él también.

-Para entrar, acaban de pintarlo- le dijo el chico.

-Es el que más me gusta.

Vendieron el suyo con muebles y compraron el otro y lo decoraron de nuevo. Mientras los chicos iban al cole y en noviembre tenían el piso listo y maravilloso.

Rocío era una niña especial, como Alex y se llevaban tan bien que Alex la protegía en el cole.

Siempre iban de la mano.

La chica de la limpieza iba a diario y dejaba la comida hecha. Y la compra.

Ganaban lo suficiente, no tenían hipoteca y un buen dinero guardado en el banco.

-Creo que la llegada de Rocío ha sido buena, nena. Me dice papá. Y ahora podemos tener más sexo, están siempre jugando.

-¿Tú crees?

-Qué sí, creo que tenemos más sexo.

-Pues claro, cierra el despacho

-¿Quieres algo especial mi poli?

-Estoy armado hasta los dientes.

-A ver eso…

Y ella lo tocaba y estaba duro y listo.

-¡Joder nena! Martina no toques tanto.

-He cerrado.

-¿Dónde vas?

-Bajo la mesa.

-¿Para qué?

-Ya te lo he hecho más veces, bobo.

-Me gusta preguntarlo.

Y ella le desabrochaba los pantalones y sacaba tu pene y bajo la mesa le hacía el amor, lo chupaba y lamía y el cogía su pelo y la empujaba dentro de su boca y gemía.

-No gimas tan alto nene, que verás.

-¡Ah dios Martina!, joder…

Y ella seguía moviéndolo y chupándolo hasta que él decía:

-Nena me voy a correr, sigue, sigue…

Y ella seguía hasta que él soltaba su cuerpo de nácar.

-Aggg, dios Martina.

Y ella lo limpiaba y él se abrochaba el pantalón agitado.

-¡Ah, mi amor!, eres perfecta.

-¿Ah sí?

-Sí. Estoy para echar la siesta.

-Échala.

-Creo que sí, que me echaré en el sofá un rato.

-Ven.

Y se iban al sofá y él la tocaba bajo el vestido hasta hacer que ella se corriera también.

-Me encantan tus tetas.

-Se me están cayendo.

-Yo te las subo con mi boca.

-¡Qué loco has sido siempre!

-Por tu culpa.

-Si no te hago nada…

-¡Ah, menos mal mujer!, si me hicieras…

Rocío encajó en la familia como uno más, incluso como Alex, los llamaba papá y mamá, ella se convirtió más en una hija para Martina, que en una nieta. Y Alex era feliz con su hermana. Y la familia de tres pasó a ser de cuatro.

El tiempo fue pasando, los niños entraron en el instituto y se hicieron adolescentes.

Martina tuvo una crisis porque se veía mayor que Javier y a éste no le importaba, siempre la miraba con los mismos ojos. Pero ella tenía miedo de que se enamorara de una mujer más joven, cosa que a Javier nunca se le había pasado por la cabeza. La amaba.

Cuando se le pasaron los miedos, se sintió segura de nuevo.

Los chicos salieron de la universidad y ellos ya se habían jubilado y pasaban la mayor parte del tiempo viajando o en la playa, paseando, haciendo cosas de las que nunca tuvieron tiempo.

Martina lo convenció de que escribiera un libro sobre la vida que tuvo de policía secreta, algunos casos, cambiando nombres y él, le dijo que si ella hacía lo mismo.

Así que dedicaban gran parte a escribir, leer, visitar museos, pasear por la playa…

A Javier le dio por la cocina y hacía sus pinitos.

Tenían una vida llena de ocio, sus paseos su gym, la playa, escribir, leer, a veces iban a bailar, viajaban…

Rocío quiso ser terapeuta y cuando Martina se jubiló, la recomendó a Rafa, el hijo de su jefe Rubén que se había jubilado años antes junto a su mujer Pepa y él…que fue quién se quedó con las residencias y las renovó. Y tomó su lugar. Martina se quedó unos meses para enseñarla. Y no quiso que Rafa le pagase.

Rafa se enamoró de Rocío y se casaron tres años más tarde, aunque convivieron un año juntos. Se compraron un piso cerca.

Alex siguió los pasos de su padre y este le enseñó cuanto debía saber, aunque Alex era independiente y como cabezota igual que su padre quería hacer las cosas a su manera.

-Hijo, Alex, a tu padre le encanta darte consejos, escúchalo, aunque no los sigas.

-Mamá, es que se pone tan pesado…

-Porque es un trabajo peligroso y tiene miedo de que te pase algo.

-Lo sé.

-¿Lo harás? Solo para hacerlo feliz. Se siente orgulloso de ti.

-Sí, mamá lo haré.

-¿Te va bien en tu nuevo piso?

-Sí, gracias por el dinero.

-Tu padre quiso guardar para los dos, pero tu hermana no lo ha necesitado, Rafa no ha querido, así que tengo suerte de tener a mis hijos cerca viviendo.

-Mamá claro, es el mejor sitio, está en el centro.

-¡Cuánto te quiero hijo!...

-Y yo a ti mamá.

-Tu madre ya va para los setenta.

-¡Estás guapísima!

-Mira y tu padre es más joven y he sufrido. Sobre todo, a los cincuenta y tantos.

-No seas tonta, papá siempre te ha querido, además las maduritas…

-Calla, ya no soy ni madurita.

-Venga mamá, estás en forma.

-Bueno, sí, al menos nos movemos. ¿Te quedas a comer?

-No puedo mamá. He quedado.

-¿Para comer?

-Sí.

-¿Y eso?

-Con una compañera del trabajo.

-¿Tienes pareja?

-Me gusta una chica, sí.

-¡Ay dios! es policía también.

-Si, pero no te preocupes, que te conozco.

-¿Vives con ella?

-Se lo voy a proponer el mes que viene.

-¿Tienes fotos?

-¡Qué cotilla eres!

-Eres mi hijo.

-Mira, -y le enseño en el móvil unas fotos que tenía de Rosa.

-¡Qué morena más guapa!, hijo, ¿es buena?

-Lo es, no querría a nadie menos buena que mi madre.

-Tráela un día a comer.

-Deja que vivamos juntos, quiero ir despacio.

-Y nosotros deprisa.

-Ya la conocerás.

-¿Como se llama?

-Rosa y me voy que llego tarde.

-Dame un abrazo.

-¡Qué mimosa eres mamá!

-Dímelo a mí, - dijo Javier saliendo del despacho -¿Ya te vas hijo?

-Sí papá, dame un abrazo.

-Ten cuidado.

-Que sí papá. Hasta luego, cuidaos.

-Tiene novia, Rosa y va a vivir con ella el mes que viene. Es policía como él.

-¿En serio?

-Sí, doble sufrimiento. Tantas muertes en estos años… mis tíos, tus padres…

-Es ley de vida, mi amor.

-Yo no quiero que me faltes. Bueno te faltaré yo que soy mayor.

-No digas tonterías. No quiero vivir aquí sin ti.

-Te vas a Cádiz.

-Me he enterado de que mi ex ha muerto.

-¿Qué dices?

-Sí, un cáncer.

-¡Qué pena! era tan joven…

-Sí y su marido murió hace dos años.

-¡Que mala suerte! No tuvieron ni hijos.

-No. Cuando me dejó tuvo un aborto y luego ya no tuvieron más. ¿Qué pasa, me ocultas algo?

-Sabes que los padres de Fran murieron.

-Sí, claro que lo sé.

-Pues su mujer lo ha dejado.

-¿Que la abogada lo ha dejado?

-En cuanto se independizaron los hijos. Tenía a otro.

-Pero si debe tener 55 años o así, era mucho más joven que él.

-Por eso .

-Y ahora se queda solo. Si sus padres vivieran, con lo que la querían.

-Por lo visto llevaba con el que estaba, diez años.

-¿Qué dices?, ¿cómo te enteras de esas cosas?- le preguntaba Martina.

-Tengo un amigo en Cádiz que se divorció. Ella fue la abogada y tuvieron amistad.

-Amistad, amistad…

-De esa, sí.

-¿En serio?

-Y tanto, y no era el primer hombre.

-Al final me va a dar hasta pena Fran.

-Que no te dé, te dejó sin nada.

-Luego nos dio medio millón.

-Eso sí.

-¿Echas de menos Cádiz?

-Sí, Málaga nos queda grande y este piso también es demasiado grande.

-Pero están nuestros hijos aquí, Javier.

-Podíamos comprarnos un apartamento allí, algo pequeño e ir. Las playas de Cádiz la luz. Nena este piso es demasiado grande y ellos tiene su vida, y estaríamos cerca.

-¿Lo dices para irnos a vivir para siempre?

-Sí, lo he pensado, hay luz, es nuestra ciudad. ¿No quieres pensarlo?

-Llevamos tantos años en Málaga…

-Así si me pasa algo puedes volver con Fran.

-No digas tonterías. Nunca volvería con él.

-Nunca se puede decir nada.

-Tú también podrías buscarte una más joven.

-Sí, no me gusta la soledad -Y ella se quedó triste.

-Venga tonta.

-No, tienes razón. Tenemos una vida.

-Y la quiero contigo, como la canción. ¿Quieres pensar lo de Cádiz?

-No sé- dijo Martina.

-Vayamos la semana que viene y vemos sitios y allí sobre el terreno lo pensamos.

-Vale y ¿qué dirán los chicos?

-Que seamos felices. ¡Qué van a decir! Un piso más pequeño o una casita, con jardín.

-Más trabajo.

-Con piscina.

-Podemos comprar un dúplex dormir abajo y tener un despacho y arriba dos dormitorios para los chicos o tres.

-Nos costará más que este piso.

-O no.

-Bueno vamos a verlo.

-Volveremos de nuevo, nena. Donde nos conocimos.

-Ya veremos.

CAPÍTULO DIEZ

Javier casi no ve su sueño cumplido. Pero Dios es a veces misericordioso. Cuando iban para Cádiz, se les pinchó una rueda y dio un volantazo y se fueron a la cuneta. Martina salió despedida por el parabrisas, pero Javier se dio con el airbag y perdió el conocimiento.

Martina creyó que lo perdía y como puso se levantó. No tenía salvo magulladuras y arañazos. los coches pararon en el arcén y llamaron a ambulancias y policía.

Cuando Javier, despertó en el hospital de Cádiz, estaba solo en la habitación y fue consciente de lo que había pasado y llamaba a martina llorando, creyendo que la había perdido.

A ella le estaban haciendo todas las pruebas posibles y la enfermera, se lo dijo, que había salido despedida de la ventanilla , durante el accidente, que no tenía nada, pero debían hacerle todo tipo de pruebas como a él se la habían hecho. que pronto volvería a la habitación, que no había querido decirles nada a sus hijos hasta saber si estaban bien. Le hicieron pruebas y salvo rozaduras y dolores musculares, no tuvo nada más

Habían hablado bromeando de la muerte días antes y ahora casi les había rozado. Si la hubiese perdido, no quería vivir él ya de ninguna de las maneras

Cuando ella llegó a la habitación, le habían puesto a Javier un collarín, por el golpe en el cuello del airbag.

-Martina, mi niña, si llego a perderte mi amor.

-Pues mira como vengo, eso sí tengo magulladuras hasta en el cielo de la boca. me han dado unas pastillas porque mañana voy a tener agujetas, que descansemos, mañana te echan, ya es tarde, dormiremos aquí esta noche.

-¿No tienes nada de verdad?

-Ni tú tampoco salvo una semana el collarín, he llamado a los chicos, les he dicho que estábamos en el hotel donde mañana sí que iremos. El que reservamos.

-Dame un beso cielo.

-¿No dices que soy mimosa?

-Por eso te quiero- decía llorando.

-Mi amor, vamos, hemos tenido mucha suerte. tendremos que comprar otro coche. De todas formas, ese tenía ya seis años. Todo sea eso.

Al día siguiente tomaron un taxi y se fueron al hotel. Allí hablaron con la policía por el parte. Había visto un conejo Javier en la carretea y por no atropellarlo, dio un volantazo. Y así se dio el accidente.

Esos días, paseaban un poco, un poco cojos también y a la semana estaban bien, le quitaron a Javier el collarín, se compraron un coche nuevo y fueron a la inmobiliaria.

Estuvieron viendo casitas cerca de la playa, él fue a ver la que tuvo cuando la conoció, no podía creerse que se vendiera. La misma. las habían reformado, pero exactamente la misma.

-¿Te lo crees Martina?

-La estoy viendo.

-La nuestra, reformada, y amueblada.

-Ahora las amueblan y si la quieren con todo, absolutamente todo, este es el precio.

-¿Podremos vender sin gastar lo que tenemos el piso de Málaga?

-¿Tienen un piso en Málaga?- le dijo la chica.

-De cinco dormitorios, trescientos metros cuadrados, amueblado en pleno centro.

-Si quiere nuestra inmobiliaria se lo puede gestionar.

-La casa la querríamos completa de todo. y el piso se lo diremos a nuestro hijo o a nuestra hija que tiene la llave y al menos nos lo pueden tasar y poner en venta. daremos una señal si nos interesa para la casita hasta que vendamos el piso.

-Perfecto.

Y en un mes estaban viviendo en la casa de la playa. Solo tuvieron que poner un poco de dinero, pero aun así tenían sus pensiones y además dinero ahorrado para vivir bien lo que les quedaba de vida.

Javier tenía ya sesenta y ocho años y ella setenta y tres. y su vida discurría tranquila, a veces viajaban con viajes programados, pero para él su vida era la paya y dar largos paseos por la playa al amaneces y al atardecer con ella, el amor de su vida. la piscina era también su refugio y el amor, ser sereno, de esa calma que dan los años.

Iban a de la mano a todos lados, sus tapitas, su plaza de las flores, llamaban a sus hijos, estos iban a verlos, cuando querían o podían.

Una vida placentera. se sentaban por la noche en el porche y hablaban…

-¿Recuerdas cuando te atrapé, nena?

-Sí- y ella se reía- me salió un chichón de tres pares.

-Qué buena cómplice me saliste con tu historia bonita, Martina.

-La ha sido, ¿no?

-La es mi amor.

-Mi cómplice…

-Tuyo para siempre.